

La durabilidad de la democracia en América Latina, 1940-1998

Scott Mainwaring*

En este artículo se documenta el marcado incremento de los gobiernos democráticos y la desaparición del autoritarismo en América Latina en el periodo que se inicia en 1978. Ha sido éste un periodo de democracia sin precedentes en América Latina. En sus inicios, sólo había tres democracias: Colombia, Costa Rica y Venezuela. En 1990, virtualmente todos los gobiernos de la región eran democráticos o semidemocráticos. Además, en contraste con lo que ocurrió en América Latina en olas anteriores de democratización, ésta ha durado mucho más y ha sido mayor su envergadura.

No se pretende presentar una perspectiva poco crítica de la calidad de la democracia en América Latina ni afirmar que la mayoría de esos regímenes están consolidados. Muchos de los gobiernos democráticos de la región tienen serias deficiencias. No obstante, estas deficiencias no deben oscurecer el profundo cambio que se ha producido en la política latinoamericana. Una región que a lo largo de su historia había sido abrumadoramente autoritaria se ha convertido en su mayor parte en democrática y semidemocrática.

* El autor es profesor en la Universidad de Notre Dame. Una versión más larga de este artículo aparecerá en Howard Handelman y Mark Tessler (eds.) (en prensa), *Democracy in Asia, Latin America and the Middle East*, Notre Dame University Press. Se reproduce aquí este artículo con la autorización de la imprenta de la Universidad de Notre Dame. Agradezco los valiosos comentarios de Howard Handelman, Evelyne Huber, Aníbal Pérez Liñán, Richard Snyder y Kurt Weyland, y la colaboración en la investigación de David Altman, Kalaya Chareonying, Charles Kenney, Marcelo Leiras, Aníbal Pérez Liñán y John Rieger. Traducción del inglés de Nora A. de Allende de un texto inédito. Este artículo fue recibido en octubre de 1998 y revisado en mayo de 1999.

Se intenta luego explicar esos cambios. ¿Por qué se han producido? La pregunta se vincula con la antigua cuestión de las condiciones sociales favorables para la democracia, alrededor de las cuales ha girado una amplia bibliografía. Si bien se han realizado excelentes análisis del desgaste de los regímenes autoritarios en América Latina (Stepan, 1988), de las transiciones a la democracia en la región (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986) y de la democracia en países o en conjuntos de ellos, poco se ha escrito sobre las causas por las que la democracia haya resultado más estable desde 1978 que nunca antes en la región. Además de ser intrínsecamente importante, esta cuestión puede contribuir a esclarecer un problema más amplio: cuáles son las condiciones que favorecen la democracia.

Se señalan tres factores que ayudan a explicar las vicisitudes de la democracia en América Latina y por qué la región se ha vuelto democrática en su mayor parte desde 1978. La primera explicación gira alrededor de las transformaciones estructurales desencadenadas por la modernización: la urbanización, el aumento de la alfabetización, la mayor riqueza, una clase trabajadora más grande y la gradual reducción de la hegemonía política de la elite terrateniente. Estos cambios estructurales fueron favorables para la democratización, aunque no la explican por completo. En décadas anteriores, las tasas más bajas de educación, riqueza y urbanización proporcionaron un terreno menos fértil para el desarrollo de la democracia.

En segundo lugar, de la izquierda a la derecha del espectro, las actitudes políticas se modificaron en América Latina en los años ochenta y tendieron a una creciente valorización de la democracia. Esto le permitió alejarse de la atmósfera polarizada de los años sesenta y setenta. En tercer lugar, el apoyo internacional a la democracia, en especial por parte de Estados Unidos, aumentó en la segunda mitad de la década de los ochenta. En una era de creciente internacionalización en América Latina, se han creado nuevos mecanismos institucionales para ayudar a proteger la democracia. Aquí también es grande el contraste con respecto a las décadas anteriores.

Democracia y autoritarismo en América Latina, 1940-1997

El primer propósito de este artículo es hacer un recuento histórico de la durabilidad de la democracia en América Latina a partir de

1940. Se clasificó a los gobiernos como democráticos, semidemocráticos o autoritarios en el periodo de 1940 hasta 1997. Para ser considerado como democrático, un gobierno debe satisfacer cuatro criterios: 1) el presidente y la legislatura son escogidos en elecciones abiertas y limpias;¹ 2) esas autoridades tienen el verdadero poder de gobierno, en contraste con una situación en la cual los funcionarios electos son eclipsados por los militares o por un personaje en la sombra no electo; 3) se respetan las libertades civiles; y 4) el derecho al voto se extiende a una mayoría considerable de la población adulta. Para los años cuarenta, se aplican criterios menos estrictos en cuanto al carácter incluyente del derecho al voto. Durante este periodo, un gobierno podía ser democrático aun cuando no se hubiera otorgado el derecho al voto a las mujeres o a los analfabetos. Se incluyó a Chile como país democrático a pesar de que los analfabetos estuvieron excluidos hasta 1970, porque esta exclusión tal vez no alteraba de modo considerable los resultados electorales. El concepto y la práctica de la democracia dependen del momento histórico y no sería del todo apropiado imponer a los años cuarenta los estándares de participación actuales. Por supuesto, esto no implica justificar la exclusión de las mujeres o de los desafortunados que no tuvieron la oportunidad de aprender a leer o escribir.

Al hablar de un gobierno semidemocrático o de una democracia restringida me refiero a un gobierno civil elegido en condiciones razonablemente limpias, pero con restricciones considerables en cuanto a la participación, la competencia y/o la observancia de las libertades civiles. Un régimen autoritario tiene poca competencia política efectiva; la mayoría de ellos también imponen restricciones a la participación política y las libertades civiles.

Este análisis se concentra en 19 naciones latinoamericanas. No se incluyó a los países de habla inglesa del Caribe, Surinam y Belice, a fin de concentrar el estudio en los que han sido independientes por un periodo más prolongado. Además, varios investigadores han señalado que la colonización británica ha tenido un efecto independiente y positivo sobre las probabilidades de que un país sea democrático (Domínguez, 1993; Weiner, 1987; Bollen y Jackman, 1985). Al restringir el análisis a los países de ascendencia latina, se eliminó la necesidad de tener en cuenta las diferencias en cuanto a los ante-

¹ Esta definición se adapta específicamente a los casos latinoamericanos, donde ha imperado el presidencialismo. En un sistema parlamentario, sólo es preciso que el parlamento sea elegido en comicios libres y limpios.

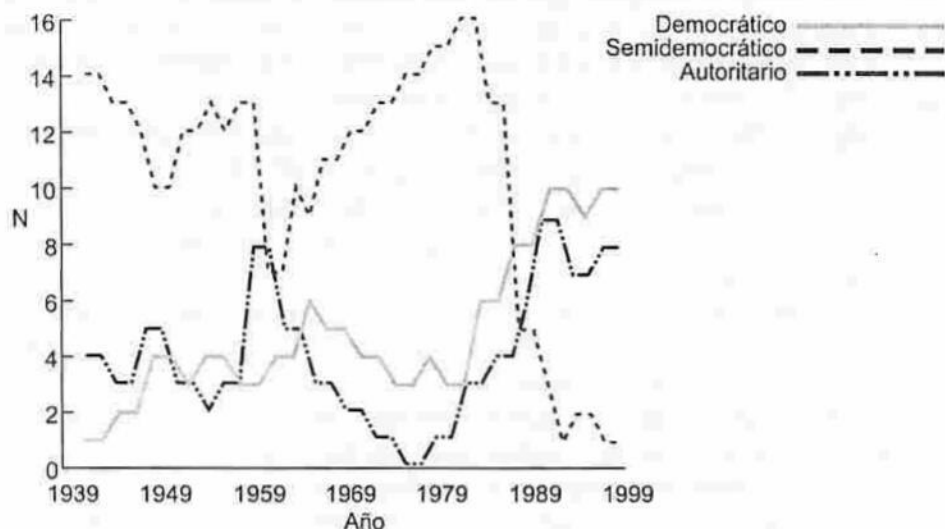
Cuadro 1. Clasificación de los gobiernos latinoamericanos, 1940-1997

Argentina	1930-1946	A	Haití	1815-1991	A	
	1946-1951	S		1991	S	
	1951-1958	A	Honduras	1991-1997	A	
	1958-1961	S		1838-1957	A	
	1962-1963	A		1957-1963	S	
	1963-1966	S		1963-1981	A	
	1966-1973	A	México	1982-1997	S	
	1973-1976	D		1821-1988	A	
1976-1983	A	1988-1997		S		
1983-1997	D	1838-1984		A		
Bolivia	1825-1952	A	Nicaragua	1984-1997	S	
	1952-1964	S		Panamá	1903-1956	A
	1964-1982	A	1956-1968		S	
1983-1997	D	1968-1989	A			
Brasil	1822-1945	A	Paraguay	1990-1994	S	
	1946-1964	S		1994-1997	D	
	1964-1985	A		1918-1989	A	
	1985-1997	D		1989-1997	S	
Chile	1932-1973	D	Perú	1939-1948	S	
	1973-1990	A		1948-1956	A	
	1990-1997	D		1956-1962	S	
Colombia	1936-1949	S		1962-1963	A	
	1949-1957	A		1963-1968	D	
	1958-1974	S		1968-1980	A	
	1974-1990	D		1980-1990	D	
	1990-1997	S		1990-1992	S	
Costa Rica	1918-1949	S		1992-1994	A	
	1949-1997	D		1995-1997	S	
Ecuador	1940-1944	S	República Dominicana	1930-1962	A	
	1944-1948	A		1963	D	
	1948-1961	S		1963-1978	A	
	1961-1968	A		1978-1994	D	
	1968-1970	A		1994-1997	S	
	1970-1979	A	Uruguay	1933-1942	A	
	1979-1997	D			1942-1973	D
				1973-1984	A	
El Salvador	1931-1984	A		1985-1997	D	
	1984-1992	S				
	1992-1997	D	Venezuela	1830-1945	A	
Guatemala	1839-1944	A			1945-1948	D
	1944-1954	D			1948-1958	A
	1954-1985	A			1958-1997	D
	1986-1997	S				

Fuentes: Entre otros, Diamond, Linz y Lipset (1989); Gasiorowski (1993); Linz y Valenzuela (1994); Mainwaring y Scully (1995); Rueschemeyer *et al.* (1992); Hartlyn y Valenzuela (1994); y algunos estudios de caso. Para el periodo posterior a 1972, se consultó también las publicaciones anuales de Freedom House.

D = democrático
S = semidemocrático
A = autoritario

Figura 1. Gobiernos democráticos en América Latina, 1940-1996 (número de gobiernos en cada categoría)



Fuentes: Cuadro 1 y Freedom House, *Freedom in the World*, varios años.

cedentes coloniales. Se excluyó a Cuba por las dificultades de obtener datos sobre el PNB per cápita comparables con los de los demás países.²

El cuadro 1 muestra la clasificación de los 19 países de 1940 a 1997. La figura 1 presenta la cantidad de gobiernos democráticos, semidemocráticos y autoritarios en América Latina en cada año comprendido entre 1940 y 1996. El aumento de la cantidad de democracias desde 1978 es espectacular, pero resulta aún más notable la desaparición del autoritarismo. La magnitud de este cambio es sorprendente incluso para quienes están familiarizados con la evolución de los regímenes políticos en la región.

En América Latina, la tercera ola de democratización comenzó en 1978 en República Dominicana, un país pequeño, relativamente pobre y con tradiciones autoritarias muy arraigadas. En 1979, los generales renunciaron al poder en Ecuador y, un año más tarde, en Perú. Para 1980, la región ya tenía más gobiernos democráticos (seis)

² Todos los datos económicos incluidos en este artículo provienen de diversas fuentes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, la cual no ha proporcionado datos sobre el PNB de Cuba en las últimas décadas.

que nunca antes y el número continuó aumentando durante el resto de la década. En 1981, Honduras inauguró un gobierno civil elegido en comicios libres y limpios. En consecuencia, si bien la tercera ola de democratización en el plano mundial se inició en algunos de los países no democráticos más ricos (en particular España), en América Latina fue encabezada por países pobres.

Luego comenzó a agotarse el ciclo de los regímenes militares en el Cono Sur, empezando con la desdichada aventura bélica de los generales argentinos en las Islas Falkland (Malvinas) en 1982, la cual preparó el terreno para una transición a la democracia en el año siguiente. El régimen militar en Bolivia se desgastó y cedió el paso a elecciones democráticas en 1982. Los gobiernos democráticos entraron en funciones en Uruguay en 1984 y en Brasil en 1985, sustituyendo a regímenes militares.

Varios países tuvieron su primera experiencia democrática a mediados y fines de los años ochenta. Aun los países pobres centroamericanos, arrasados por guerras civiles a comienzos de los ochenta, gozaron de elecciones más libres que antes. Presidentes civiles elegidos en condiciones razonablemente limpias asumieron sus cargos en Guatemala en 1986 y en El Salvador en 1985. No terminaron con las atrocidades de las guerras civiles hasta los años noventa, pero gradualmente redujeron la escala de las violaciones de los derechos humanos. En vista de la implacable historia de autoritarismo en ambos países y de la brutal represión y las sangrientas guerras civiles de los años ochenta, este logro es significativo. La invasión estadounidense de Panamá en 1989 depuso al dictador Manuel Noriega e inició un largo proceso para establecer la democracia. En 1989, un golpe de Estado en Paraguay derrocó al dictador Alfredo Stroessner, que tenía muchos años en el poder, y comenzó un proceso de liberalización y democratización. La elección de 1990 en Nicaragua, que dio como resultado la derrota de los sandinistas, preparó el terreno para las negociaciones de paz en El Salvador y Guatemala. Para 1990, el único gobierno manifiestamente autoritario en la región era el haitiano. En 1994 no subsistía ningún gobierno autoritario, con excepción de los de Cuba y Haití. El abandono del autoritarismo ha sido espectacular.

Cuando sucede lo imprevisto, los analistas fácilmente olvidan cuán improbable parecía ese resultado. Así pasa con la democratización en América Latina. Hoy damos por sentado que los regímenes políticos competitivos han perdurado, pero cuando se produjeron esas

transiciones muchos analistas veían pocas probabilidades de que la democracia durara. Al enumerar los factores que actuaban contra la democracia en América Latina, Wiarda (1986) señaló que

las perspectivas de la democracia son poco alentadoras [...] Ninguna de estas condiciones económicas favorece la causa de la democracia en América Latina ni tampoco contribuye a que perduren las democracias establecidas en la región [...] Dadas las crecientes expectativas, la competencia por el control de los escasos recursos que existen se vuelve intensa, polarizada y violenta [...] Es difícil sostener una democracia liberal y pluralista en esas condiciones [p. 341].

Muchos analistas de diversas orientaciones políticas y teóricas coincidieron con esta opinión.

En la mayor parte de la región, la democracia (incluso la restringida) afrontó retos desalentadores: tradiciones e instituciones democráticas débiles, atroces diferencias sociales y alarmantes condiciones económicas. La estabilidad democrática de Bolivia en el periodo posterior a 1982 resume las sorpresas. Antes de ese año, el país había sufrido una larga historia de inestabilidad y golpes de Estado crónicos. Tenía precarias tradiciones democráticas: no contaba con una sola experiencia democrática y sólo había tenido un régimen semidemocrático por un lapso de 12 años (1952-1964) y durante varios meses en el caótico periodo de 1978-1982. Hernán Siles Suazo, el primer presidente democrático (1982-1985), heredó condiciones económicas desastrosas y procedió a empeorarlas con una mala administración. La inflación alcanzó 8 171% en 1985 y los ingresos per cápita decayeron durante la mayor parte de la primera década de democracia. Esta declinación económica exacerbó la pobreza en uno de los países más pobres de América Latina. En 1982 los ingresos per cápita eran de 759 dólares (de 1980), menos de la cuarta parte del nivel alcanzado en los países más ricos de la región (Argentina y Venezuela). Bolivia tiene una de las sociedades más divididas desde el punto de vista étnico en América Latina, con una mayoría indígena que por siglos ha sido explotada por una minoría de origen blanco. El país también tenía largos antecedentes de golpes militares. Todas estas condiciones auguraban un negro futuro para la democracia.

El régimen democrático se tambaleó durante sus primeros años. No obstante, para mediados de los años noventa la democracia parecía estable. Hubo elecciones libres y limpias en 1982, 1985, 1989,

1993 y 1997, que dieron como resultado alternancias en el poder durante 1985 y 1993. El congreso boliviano se acostumbró a institucionalizar acuerdos para compartir el poder. El caso de Bolivia es un ejemplo destacado de democracia que perdura a pesar de formidables circunstancias estructurales y económicas adversas (Mayorga, 1997). Sin embargo, no es el único caso de una democracia que perdura ante retos desalentadores.

La mayoría de los países latinoamericanos han gozado de sus periodos más largos de democracia en los años ochenta y noventa. Sólo dos países —Chile (1932-1973) y Uruguay (1942-1973)— tuvieron antes periodos de democracia continua más prolongados que los posteriores a 1978.

El hecho de que la democracia haya perdurado a pesar de los malos resultados económicos y sociales hace que este logro sea más notable. La democratización en América Latina coincidió aproximadamente con la crisis de la deuda y, más tarde, con una transición desde el desarrollo dirigido por el Estado a políticas orientadas al mercado. Ambos factores provocaron perturbaciones en el corto plazo e impusieron altos costos a las economías nacionales. En la región en general, los ingresos per cápita se mantuvieron uniformes en el largo periodo comprendido entre 1980 y 1995. En 1983, pocos analistas hubieran pronosticado que la democracia en Bolivia, Argentina y Brasil sería capaz de soportar tasas anuales de inflación que llegaron a 8 171, 4 923 y 2 489%, respectivamente, o que Bolivia y Ecuador, con sus prolongados antecedentes de inestabilidad política, presenciarían una sucesión de presidentes elegidos democráticamente. Del mismo modo, la macabra represión asociada con el “despotismo reaccionario” de El Salvador (Baloyra, 1983) a comienzos de los ochenta gradualmente originó una sucesión de gobiernos semidemocráticos para los años noventa.

Si bien la transformación en la política latinoamericana es profunda, estas limitaciones en la práctica democrática son tan significativas, que es adecuado preguntarse si el vaso está medio lleno o medio vacío. Ambas maneras de considerar el problema tienen buenos fundamentos. América Latina es más democrática que nunca, pero existen serios problemas para la práctica de este sistema en la mayoría de sus países. No obstante, aun cuando el vaso esté medio vacío, la región es más democrática que antes. La mayor sorpresa no es que la democracia haya tenido deficiencias graves, sino que haya perdurado. La democracia no ha triunfado por completo, más

bien la dictadura está mucho menos generalizada que antes. De hecho, la dictadura militar virtualmente ha desaparecido por el momento.

La democracia como una variable continua

Hasta el momento he tratado la democracia como una variable tricotómica, pero puede ser útil considerarla como una variable continua (Bollen, 1980; Coppedge y Reinicke, 1990; Dahl, 1971; Hadenius 1992; Vanhanen, 1990). Desde el punto de vista conceptual, la segunda opción es razonable porque los países pueden ser más o menos democráticos dentro de una amplia gama que no puede ser totalmente captada por una clasificación tricotómica. Además, las mediciones continuas permiten un tratamiento más satisfactorio de ciertas relaciones cuantitativas.

Las puntuaciones de Freedom House constituyen una razonable medición continua de la democracia. A partir de 1972, cada año Freedom House ha calificado a todos los países independientes con puntuaciones que van de 1 (la mejor calificación) a 7, en relación con las libertades civiles y los derechos políticos. Estas puntuaciones incorporan implícitamente las tres dimensiones de la democracia: la competencia libre y limpia, la amplia participación y las libertades civiles, y los derechos humanos. En 1985, las puntuaciones de Freedom House coincidieron muchísimo (0.934 a 0.938) con la escala de las poliarquías de Coppedge y Reinicke (Coppedge, 1997, p. 180). Dada esta gran correlación con una medición compleja de la democracia, conjuntamente con su asequibilidad, las puntuaciones de Freedom House constituyen una medición razonable.

Las puntuaciones de Freedom House indican una marcada mejora en cuanto a derechos políticos y libertades civiles en la región, al pasar de 8.7 en 1977 a una puntuación nunca antes vista de 5.7 en 1989. Estos promedios no son un testimonio cabal de la mejora real, porque en los últimos años las puntuaciones han sido más estrictas que en los años setenta y ochenta.

La modernización y la democracia

El segundo propósito importante de este artículo es explicar el incremento en el número de regímenes democráticos y la desaparición del autoritarismo en América Latina. Muchos factores, como la religión (Huntington, 1991, pp. 72-85), la experiencia colonial británica (Weiner, 1987; Domínguez, 1993) y el grado de fragmentación étnica (Horowitz, 1985; Lijphart, 1997), influyen en la durabilidad de la democracia. Una ventaja de concentrarnos en América Latina es que varios de los factores son constantes. Todos los países son predominantemente católicos y lo han sido por siglos; por ende, no hay diferencias en cuanto a la preferencia religiosa predominante que expliquen por qué la democracia ha florecido en ciertos países más que en otros. Con raras excepciones, las democracias latinoamericanas han tenido sistemas presidenciales y, en consecuencia, el presidencialismo no explica las diferencias entre los regímenes (es decir, democráticos o no) de los países o en el transcurso del tiempo. Todos, excepto Haití, tienen la experiencia de la colonización ibérica; por lo tanto, los antecedentes coloniales (entendiendo esto en un sentido muy amplio) no justifican las diferencias en cuanto a los regímenes.³ Con excepción de Panamá, que obtuvo su independencia en 1903, los países que consideramos aquí se emanciparon en la primera mitad del siglo XIX y, en consecuencia, todos han sido independientes por periodos relativamente similares. Estos elementos comunes reducen la cantidad de variables independientes y, por lo tanto, facilitan el proceso de explicación.

Al explicar el incremento en el número de regímenes democráticos a partir de 1978, entran en juego factores idiosincrásicos en cada país, pero, aun así, ha existido en toda la región una tendencia hacia la democracia. Por consiguiente, en lugar de explicar la tendencia en toda la región sobre la base de acontecimientos en países individuales, se ha buscado una explicación más general. Se examina la variación entre los países, pero dentro del marco del argumento de que ha existido una tendencia general en la región con algunos factores comunes que la impulsaron.

Una posible explicación de la mayor prevalencia de la democracia desde 1978 es que el rápido ritmo de la modernización en las décadas anteriores a 1980 contribuyó a fomentar la democratiza-

³ Es posible que en los antecedentes coloniales haya diferencias más específicas que contribuyan a explicar las diferencias entre los regímenes contemporáneos.

ción. Entre 1950 y 1980, ese ritmo fue espectacular. El ingreso per cápita en América Latina se elevó a más del triple en el país más grande y poblado de la región: Brasil. En parte a causa de su fenomenal crecimiento económico, el ingreso per cápita de toda la región aumentó en 116%. Este indicador se incrementó a más del doble en Costa Rica, Ecuador, México, Panamá, República Dominicana y Venezuela. Sólo en unos cuantos países pequeños el crecimiento del ingreso per cápita fue inferior a 50% en esas tres décadas.

Podemos examinar la relación entre la modernización y la democracia mediante un análisis transversal (es decir, analizando si fueron mayores las probabilidades de que hubiera democracias en los países más ricos) y otro longitudinal (es decir, verificando si la modernización con el tiempo promovió un mayor número de democracias). El ingreso per cápita constituye un elemento razonablemente representativo de la modernización. La alfabetización puede ser una variable única que sustituya a la modernización mejor que el PIB per cápita, pero en América Latina no se cuenta con cifras anuales al respecto. Existe una correlación bastante alta entre el PIB per cápita y la alfabetización en América Latina: en 1950 esta correlación en los 19 países fue de 0.605; en 1980 fue de 0.552.

Análisis transversal

Si un grado mayor de desarrollo promoviera la democratización, se podría esperar que los países con ingresos per cápita más altos tuvieran más probabilidades de ser democracias. El cuadro 2 presenta datos para verificar si es así. De acuerdo con Przeworski *et al.* (1996) y Przeworski y Limongi (1997), se clasifica a cada país en cada año; en consecuencia, hay 988 casos (52 años \times 19 países).

En las categorías de ingresos altos y bajos, los datos concuerdan con el argumento de que es más probable que sean democráticos los países más ricos y menos probable que lo sean los países pobres. La probabilidad de que un país muy pobre sea democrático es igual a cero; los países más pobres tienen abrumadoramente gobiernos autoritarios. También es improbable que sean democráticos los países incluidos en las otras categorías de bajos ingresos (\$400 a \$799 y \$800 a \$1 199 dólares). La significación de la categoría de ingresos más bajos es cuestionable porque, de los 58 casos, Haití por sí solo acapara 52 y por lo tanto podría tergiversar los resultados. No obs-

Cuadro 2. Probabilidad de democracia según la categoría de ingreso en 19 países de América Latina, 1945-1996

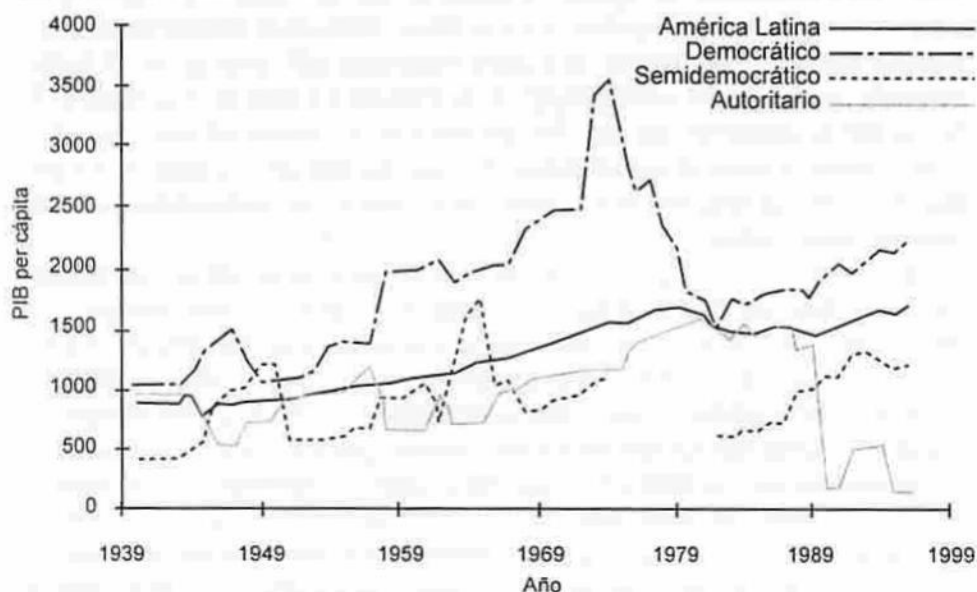
<i>PIB/per cápita (en dólares estadounidenses de 1980)</i>	<i>Años/régimen (N)</i>	<i>% de años/ régimen democrático</i>	<i>% de años/ régimen semidemocrático</i>	<i>% de años/ régimen autoritario</i>
0 a 399	58	0.0	0.0	100.0
400 a 799	340	10.9	30.6	58.5
800 a 1 199	196	23.0	21.4	55.6
1 200 a 1 799	176	58.0	13.1	29.0
1 800 a 2 399	91	40.7	6.6	52.7
2 400 a 3 199	53	22.6	30.2	47.2
3 200 o más	74	77.0	0.0	23.0
<i>Total (%)</i>	<i>988</i>	<i>290 (29.4)</i>	<i>191 (19.3)</i>	<i>507 (51.3)</i>

tante, los datos para las categorías de \$400 a \$799 y de \$800 a \$1 199 provienen de 13 países y ninguno representa por sí solo una proporción predominante de los casos.

En la categoría de ingresos más altos, las probabilidades de democracia alcanzan el valor máximo de 77.0%. Sin embargo, la relación entre la categoría de ingresos y la democracia está lejos de ser lineal. Las probabilidades de democracia aumentan a 58.0% en el rango de \$1 200-\$1 799 per cápita, pero luego se desploman a 40.7% en la categoría de \$1 800-\$2 399 y a 22.6% en la categoría de \$2 400-\$3 199. Cinco países no fueron democráticos en el nivel de ingresos de \$2 400-\$3 199, que es bastante alto: Argentina (1946-1951, 1953-1957, 1958-1961, 1962, 1963-1965 y 1966), Chile (1981 y 1989), México (1980-1986, 1992-1994, 1996), Uruguay (1980-1981) y Venezuela (1948-1953). Del mismo modo, la elevada proporción de regímenes no democráticos en la categoría de \$1 800-\$2 399 puede atribuirse a seis países: Argentina (1945 y 1952), Brasil (1978-1983), Chile (1973-1980, 1982-1988), México (1970-1979), Panamá (1982-1983, 1985-1987, 1993) y Uruguay (1974-1979, 1982-1984). En consecuencia, la gran proporción de casos no democráticos en estas categorías de ingreso no puede ser adjudicada a uno solo atípico o a varios casos, como podría suceder con datos transversales en series cronológicas.

La aparente anomalía de una gran proporción de democracias en la categoría de \$1 200-\$1 799 dólares per cápita tampoco es resultado de uno o dos casos atípicos. Chile (1945-1962), Colombia (1978-1981, 1983-1990), Costa Rica (1970-1996), Ecuador (1979-1996), Panamá (1995), Paraguay (1993-1996), Perú (1981), República

Figura 2. Promedio del PIB per cápita de los países según el tipo de régimen por año (en dólares estadounidenses de 1980)



Fuentes: 1940-1979: *Statistical Abstract of Latin America*, vol. 22, 1983. 1980-1982, 1984: *Statistical Yearbook for Latin America 1991*. 1983: *Statistical Yearbook for Latin America, 1987*. 1985-1992: *Statistical Yearbook for Latin America, 1993*. 1993-1995: *Statistical Yearbook for Latin America, 1996*. 1996: *Statistical Yearbook for Latin America, 1997*.

Todas las cifras corresponden a dólares estadounidenses de 1980. Las cifras para 1940-1979 correspondían originalmente a dólares de 1970 y han sido corregidas según el índice de inflación para cada país, equivalente al PNB per cápita del país en 1970 en dólares de 1980, dividido entre el PNB per cápita del país en 1970 en dólares de 1970. Se aplicó un procedimiento análogo a las cifras de 1993-1996, originalmente expresadas en dólares de 1990.

Dominicana (1981, 1993-1994) y Uruguay (1945-1953, 1958-1972) reunieron las condiciones requeridas. La pauta que prevalece en América Latina difiere de la que Przeworski y Limongi (1997) encontraron en todo el mundo. Estos investigadores comprobaron una relación casi lineal entre ingreso per cápita y las probabilidades de democracia. En América Latina esta pauta dista por mucho de ser lineal.

Otra forma de examinar la relación entre el ingreso per cápita y la democracia se basa en el supuesto de que, si es correcto el análisis de la modernización, es más probable que las democracias tengan ingresos per cápita más altos. Para verificar si ha sido así, la figura 2 indica el promedio del ingreso per cápita correspondiente

a las democracias, las semidemocracias y los gobiernos autoritarios, para cada año desde 1940 hasta 1996. Con el fin de ilustrar cómo se interpreta la figura, consideremos los datos de 1980. Las seis democracias (Colombia, Costa Rica, Ecuador, Perú, República Dominicana y Venezuela) tuvieron ingresos per cápita en dólares de 1980 equivalentes a \$1 207, \$1 552, \$1 415, \$1 190, \$1 130 y \$3 377, respectivamente. El promedio de esas seis cantidades es \$1 645. Como este promedio no está ponderado según el tamaño de la población, no constituye un ingreso medio para los individuos que viven en esos países.

En cualquier categoría, un cambio de un año al siguiente puede ser resultado de cambios en los países que están en esa categoría o de cambios en los ingresos per cápita de los países. Un brusco incremento de un año al siguiente (digamos de \$715 en 1987 a \$986 en 1988 en los regímenes semidemocráticos) no refleja principalmente tasas elevadas de crecimiento en ciertos países sino, más bien, el desplazamiento de México desde la categoría de régimen autoritario a la de semidemocrático.

Como se esperaba, el ingreso medio per cápita en los países democráticos es casi siempre más alto que el promedio correspondiente a los países autoritarios y semidemocráticos. Este resultado concuerda con la difundida conclusión de que los países con ingreso per cápita más alto tienen más probabilidades de ser democráticos. Sólo en uno de los 57 años (1982), el promedio de los países gobernados por regímenes autoritarios superó al de los democráticos y el promedio en los países semidemocráticos siempre fue más bajo. No obstante, el ingreso per cápita promedio en los democráticos no siempre ha sido considerablemente más alto que el de los gobiernos autoritarios. De hecho, la diferencia ha sido estrecha durante algunos periodos.

A mediados de los años setenta, cuando la democracia era la excepción, los ingresos per cápita más altos la favorecieron, pero esto obedeció en parte a que Venezuela, con el ingreso per cápita más alto en la región, era una de las tres únicas democracias. A fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, algunos países pobres (Bolivia, Ecuador, Perú y República Dominicana) iniciaron la serie de transiciones a la democracia. De 1976 a 1983, la mayoría de los países más ricos de la región (Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay) permanecieron estancados en regímenes autoritarios. Al mismo tiempo, después de 1979 varios países con ingreso per

cápita inferior al promedio regional eran democráticos. Honduras, Bolivia, Perú y República Dominicana eran democráticos o semidemocráticos; en 1985, sus PIB per cápita ocupaban el segundo, el tercero, el séptimo y el octavo lugar, respectivamente, como los más bajos de la región. En consecuencia, de 1979 a 1986 el ingreso per cápita en los democráticos nunca fue 24% más alto que en los regímenes autoritarios. Si no se incluye a Haití, el país más pobre de la región y donde existió un gobierno persistentemente autoritario hasta 1991, en la primera mitad de la década de los ochenta los países con gobiernos autoritarios por lo general tenían ingresos per cápita más altos que los democráticos.

Argentina en 1983, Uruguay en 1985 y Brasil en 1985 experimentaron una transición a la democracia. Como el ingreso per cápita de cada uno de estos países se encontraba entre los seis más altos de la región en 1983-1985, esas transiciones aumentaron en forma sustancial el ingreso medio de los democráticos y redujeron el de los regímenes autoritarios. Para fines de los ochenta, existía una gran diferencia entre los grupos de países democráticos y autoritarios. Todos los países más desarrollados de la región eran democráticos o semidemocráticos. Algunos países pobres (Bolivia, Perú y la República Dominicana hasta 1990) permanecieron en la categoría de democráticos, pero todos los países con regímenes autoritarios, excepto México, eran pobres.

Con el propósito de ver si el uso de una medición continua de la democracia en lugar de la simple distinción entre países democráticos, semidemocráticos y autoritarios cambiaría estos resultados, en el cuadro 3 se presentan las correlaciones entre las puntuaciones de Freedom House y el ingreso per cápita entre 1972 y 1996. Si la teoría de la modernización se cumpliera en América Latina, se podría esperar una correlación negativa significativa entre las puntuaciones de Freedom House y el ingreso per cápita, ya que una puntuación alta de Freedom House indica menos democracia.

El cuadro 3 refuerza el análisis asociado con el cuadro 2 y la figura 2. A fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, las correlaciones entre las puntuaciones de Freedom House y el ingreso per cápita eran débiles y cayeron hasta -0.08 en 1982. La correlación siguió constantemente baja, de -0.30 o menos hasta 1984. En 1989 la correlación se había vuelto más sólida (-0.51) y permaneció moderadamente fuerte hasta 1996. Sin embargo, la correlación más alta (-0.52 en 1991) es más baja que la de 85 países reportada por

Cuadro 3. Correlación entre las puntuaciones de Freedom House y el ingreso per cápita

1972	-0.25	1984	-0.35*
1973	-0.25	1985	-0.32*
1974	-0.25	1986	-0.32*
1975	-0.27	1987	-0.35*
1976	-0.15	1988	-0.39*
1977	-0.14	1989	-0.44**
1978	-0.17	1990	-0.47**
1979	-0.10	1991	-0.52**
1980	-0.17	1992	-0.47**
1981	-0.22	1993	-0.40**
1982	-0.08	1994	-0.51**
1983	-0.30	1995	-0.50**
		1996	-0.51**

* Significativo al 0.10

** Significativo al 0.05

Coulter (1975, p. 22), quien obtuvo una fuerte correlación de 0.67 entre el ingreso per cápita y su medición de la democracia liberal. Las correlaciones entre el ingreso per cápita y las puntuaciones de Freedom House en América Latina entre 1972 y 1996 son comúnmente mucho más bajas.

Las puntuaciones de Freedom House refuerzan dos conclusiones. En primer lugar, las democracias en general han sido más ricas que los regímenes no democráticos.⁴ En segundo lugar, comparada con las sólidas correlaciones entre la democracia y un ingreso per cápita reportadas por otros investigadores en el plano mundial, entre 1972 y 1996 esta correlación en América Latina fluctuó entre débil y moderada. Si hubiera una relación lineal entre la modernización y la democracia, se esperaría que los países democráticos estuvieran entre los más desarrollados económicamente. En algunos periodos esto es cierto, pero en otros el patrón es mixto. Junto

⁴ La asociación entre un ingreso per cápita más alto y la democracia no resuelve la dirección causal. Es concebible que las democracias promovieran tasas más altas de crecimiento y, por consiguiente, llegaran a ingresos per cápita más altos. En este caso, los ingresos per cápita más altos en la democracia serían un resultado de la democracia y no a la inversa. Esta posibilidad teórica es muy improbable en América Latina porque los países incluidos en los tipos de regímenes democráticos, semidemocráticos y autoritarios han cambiado mucho en el transcurso del tiempo. Sobre la base del conjunto total de países del mundo, Przeworski y Limongi (1993) encontraron que los regímenes autoritarios y los democráticos tienen tasas similares de crecimiento. Se requieren otras investigaciones para determinar en forma definitiva este resultado, específicamente para América Latina.

con Europa Oriental, América Latina es una de las dos regiones del mundo donde ha sido más tenue la correlación entre los niveles de vida más altos y la democracia (Collier, 1975; Coulter, 1975; Diamond, 1992). El desarrollo económico no actuó como un demiurgo que automáticamente diera origen a la democracia.

Si se esperaba una relación lineal entre un ingreso per cápita alto y la democracia, América Latina presentaría tres anomalías. En primer término, varios países comparativamente ricos han pasado por largos periodos de gobierno autoritario. En gran parte del periodo posterior a 1950, Argentina se destaca como un país que no alcanzó la democracia a pesar de su alto ingreso per cápita y calidad de vida. Durante todo el periodo de 1940-1983, el ingreso per cápita en Argentina ocupó el primero o el segundo lugar entre los más altos de la región. Sin embargo, hasta 1983 el régimen de gobierno del país fluctuó entre semidemocrático (1946-1951, 1958-1962, 1963-1966) y manifiestamente autoritario (1940-1946, 1955-1958, 1962-1963, 1966-1973, 1976-1983). El ingreso per cápita de Argentina en 1950 ya duplicaba el ingreso en 1979 de varios países pobres que experimentaron transiciones democráticas y que en su mayor parte siguieron siendo democráticos en los años ochenta. México también es un caso atípico: un régimen de gobierno autoritario hasta 1988 (cuando se volvió semidemocrático), a pesar de tener uno de los ingresos per cápita más altos de la región. Asimismo, Chile y Uruguay, con sus niveles de vida relativamente altos, no debieron haber sufrido colapsos de la democracia en 1973.

La segunda anomalía es el hecho de que algunos países pobres han mantenido el régimen democrático por un tiempo considerable en los años ochenta y noventa. Sobre la base del bajo nivel de desarrollo, no se esperaría que la democracia o la semidemocracia perduraran en Bolivia, El Salvador, Honduras o Nicaragua. No obstante, los regímenes de estos países no han sufrido ningún colapso. Tampoco se esperaría que países pobres como Ecuador, Perú y República Dominicana estuvieran a la vanguardia de la ola de democratización que se inició en 1978.

Si hubiera sólo unas cuantas anomalías en un patrón general muy claro, sería posible desecharlas como excepciones de la regla. Sin embargo, en América Latina ha habido periodos en que la correlación entre la democracia y el ingreso per cápita se ha desplomado. Incluso la correlación no es abrumadora aunque las democracias hayan tenido ingresos per cápita más altos.

La tercera anomalía es que el promedio de los ingresos per cápita de los países con regímenes autoritarios es con frecuencia más alto que el correspondiente a las semidemocracias. Sucedió esto en 29 años, en comparación con los 21 años en que los países semidemocráticos tuvieron ingresos per cápita más altos; durante siete años no hubo ningún régimen semidemocrático. Si la relación entre el ingreso per cápita y la democracia fuera lineal, se esperaría que los países semidemocráticos de América Latina generalmente fueran más ricos que los que tienen gobiernos autoritarios.

Análisis longitudinal

En nuestro análisis se han comparado hasta el momento varios países en un determinado momento. Además, si el argumento de la modernización funcionara de manera lineal, el número de democracias aumentaría en la medida en la que los países elevaran su nivel de desarrollo. Los periodos de crecimiento económico serían seguidos de un florecimiento de la democracia, y los periodos de considerable declinación económica podrían provocar el retorno del autoritarismo. El registro real es variado. El descenso en los niveles de vida en los años ochenta estimuló menos retrocesos al autoritarismo que cualquiera de las anteriores olas de democratización en América Latina; y a la inversa, los retrocesos al autoritarismo ocurridos en los años sesenta y setenta se produjeron después del rápido crecimiento de los cincuenta y los sesenta. Si el crecimiento económico tuviera un efecto lineal en la democracia, se habrían esperado más democracias en 1976 que en 1960. De hecho, sucedió lo contrario: hubo más democracias entre 1958 y 1967 que entre 1973-1974 y 1976-1977. Además, la incidencia de regímenes manifiestamente autoritarios a mediados de los años setenta fue mayor que entre 1958 y 1963. No obstante, la región en general tenía niveles de vida considerablemente más altos a mediados de los años setenta que en 1960.

Ciertamente, los colapsos de la democracia en Brasil en 1964, Argentina en 1976 y Chile y Uruguay en 1973 se produjeron en momentos de problemas económicos (O'Donnell, 1973). Sin embargo, esos problemas no deben oscurecer el crecimiento general de los años cincuenta y sesenta. La opinión predominante en la actualidad es que los problemas económicos no fueron el factor principal

que impulsó la mayoría de esos golpes de Estado (Collier, 1979; Santos, 1986; Stepan, 1971). Más bien, la radicalización política, la intransigencia de algunos de los actores y el deficiente liderazgo fueron los problemas clave. Las condiciones económicas de los ochenta, mucho peores que las de los sesenta y los setenta, no causaron el fracaso de los regímenes. Por otra parte, el colapso de algunos regímenes democráticos o semidemocráticos se produjo durante periodos de expansión económica, como sucedió en Argentina en 1966.

En síntesis, si bien el desarrollo económico fue un factor que incide en la transición, no explica por completo el vuelco de América Latina hacia la democracia. El hecho de que la correlación entre el ingreso per cápita y la democracia haya sido débil durante periodos prolongados, indica que la modernización no lo explica todo. Si bien el crecimiento económico en las décadas anteriores a la tercera ola contribuyó a las probabilidades de longevidad de la democracia, la poliarquía ha persistido por igual en países pobres y con ingresos intermedios de América Latina, lo cual indica que la modernización por sí sola no explica la estabilidad democrática del periodo posterior a 1978. Estas observaciones no significan que se descarte por completo la hipótesis de la modernización. Hasta los años ochenta era en extremo improbable que los países más pobres de la región fueran democráticos. No obstante, en América Latina los cambios en las actitudes han sido más importantes de lo que los estructuralistas han reconocido.

Estabilidad y tasas de colapso de distintos regímenes con diferentes niveles de desarrollo

En un reciente trabajo precursor, Przeworski y Limongi (1997) señalaron que es más probable que sean democráticos los países desarrollados porque, una vez establecida, la democracia es menos vulnerable a los colapsos. Los autores indican que el proceso de modernización por sí solo no explica esta correlación. ¿Se cumple esta hipótesis en América Latina?

La respuesta es sencillamente no (cuadro 4). La experiencia latinoamericana contradice lo que se encuentra en un nivel comparativo más amplio. Dentro de las categorías de ingreso per cápita usadas en este artículo, la democracia en América Latina no ha sido menos vulnerable al colapso ni al desgaste con niveles más altos de desarrollo hasta que se llega al nivel de \$3 200 de ingreso per cápita.

Cuadro 4. Probabilidad de transición del régimen según el tipo de régimen y la categoría de ingreso en 19 países latinoamericanos, 1945-1996

PIB/per cápita (dólares estadounidenses de 1980)	Número de casos		Tasa de colapso y desgaste de las democracias		Tasa de transición de las semidemocracias*		Número de casos de regímenes autoritarios		Tasa de transición de los regímenes autoritarios		Tasa de transición de todos los regímenes
	democráticos	democracias	democracias	democracias	semidemocracias*	semidemocracias*	autoritarios	autoritarios	autoritarios	autoritarios	
0 a 399	0	—	0	—	—	—	58	0.0	0.0	0.0	
400 a 799	37	2.7	104	2.7	6.7	6.7	199	5.5	5.5	5.6	
800 a 1 199	45	4.4	42	4.4	11.9	11.9	109	5.5	5.5	6.6	
1 200 a 1 799	102	2.9	23	2.9	4.3	4.3	51	5.9	5.9	4.0	
1 800 a 2 399	37	2.7	6	2.7	16.7	16.7	48	8.3	8.3	6.6	
2 400 a 3 199	12	8.3	16	8.3	18.8	18.8	25	16.0	16.0	15.1	
3 200 o más	57	1.8	0	1.8	—	—	17	17.6	17.6	5.4	
Total	290	3.1	191	3.1	8.9	8.9	507	6.1	6.1	5.8	
Núm. de transiciones/ núm. de años-régimen		(9/290)		(17/191)		(31/507)					

* Incluye las transiciones a las democracias y los retrocesos a regímenes autoritarios.

Nota: Cada año cuenta como un caso separado para cada país. Las transiciones del régimen que duraron menos de un año no fueron codificadas en el conjunto de datos.

Los datos inicialmente parecen concordar con el argumento acerca de la burocracia autoritaria de O'Donnell (1973), quien señaló que, con cierto nivel de desarrollo, en los años sesenta y setenta la modernización produjo presiones en contra de la democracia y que se podrá esperar, exactamente como sucede, un declive de las probabilidades de democracia en la medida en que aumentan los ingresos per cápita. En vista de que los datos concuerdan con el argumento de O'Donnell, es interesante observar que la mayor parte de los estudios posteriores no han estado de acuerdo con él.

Un examen más minucioso confirma sólo una parte del argumento de O'Donnell. La democracia se derrumbó virtualmente en todas partes en América Latina en las décadas de 1960 y 1970. Los países más desarrollados no fueron particularmente vulnerables al colapso y, por lo tanto, no está claro que la modernización haya generado presiones diferentes que condujeran a un colapso. Tal vez haya sucedido en algunos países, pero no se explica la situación de la región en general. Además, varios analistas (Collier, 1979) han puesto en duda la relación causal postulada por O'Donnell entre una cierta fase de industrialización y el colapso de la democracia. La radicalización y la polarización en el contexto de la Guerra Fría fueron los factores esenciales determinantes de esos colapsos (Linz y Stepan, 1978; Santos, 1986; Valenzuela, 1978). No obstante, en concordancia con el argumento de O'Donnell, un nivel más alto de modernización no aumentó la inmunidad al colapso en América Latina en los años sesenta y setenta. En una perspectiva comparativa más amplia, este resultado es interesante y diferente.

Hubo sólo seis colapsos clásicos de la democracia (en contraste con los desgastes de ésta para convertirse en semidemocracia) durante este periodo de 56 años: Argentina en 1976, Chile en 1973, Guatemala en 1954, Perú en 1968, Uruguay en 1973 y Venezuela en 1948. Esta escasez de colapsos es un testimonio de la dificultad para construir la democracia en América Latina: sin democracia no puede haber un colapso de ella. Sin embargo, es estimulante observar que, una vez que existen, las democracias no se han desplomado con facilidad.

Además de los colapsos, tres regímenes sufrieron un desgaste tal que ya no pudieron ser considerados como democracias: Colombia, Perú y República Dominicana. La distinción entre colapso y desgaste de la democracia que se muestra en el cuadro 4 depende, desde el punto de vista operativo, de que la democracia se desplome para convertirse en autoritarismo o en semidemocracia. Desde el punto de vista empírico, en todos los colapsos hubo golpes militares que

tuvieron éxito e instalaron dictaduras. Ninguno de los desgastes de la democracia implicó un golpe de Estado, si bien en Perú el desgaste fue seguido del autogolpe de Fujimori en 1992.

El cuadro 2 mostró que las probabilidades de democracia en las categorías de ingresos de \$1 800-2 399 y de \$2 400-3 199 eran inferiores a las de la categoría de \$1 200-1 799. Sin embargo, el cuadro 4 muestra que esto no obedeció a que las democracias fueran marcadamente más propensas a desplomarse con esos niveles más altos de ingresos. La principal razón de la elevada incidencia de regímenes no democráticos en la categoría de ingresos de \$2 400-3 199 que se presenta en el cuadro 2 es, más bien, que estos regímenes experimentaron un crecimiento económico que los impulsó a ingresar en esa categoría. Así sucedió en Argentina, que siguió siendo un régimen no democrático desde 1930 hasta 1973 y alcanzó el nivel de los \$2 400 en 1946; Chile, que tuvo un gobierno autoritario desde 1973 a 1990 y llegó a los \$2 400 en 1981; México, que alcanzó esta categoría de ingresos en 1980; y Uruguay, que tuvo un régimen autoritario de 1973 a 1985 y sobrepasó los \$2 400 per cápita en 1980. Venezuela en 1948 fue la única democracia que se desplomó cuando su ingreso per cápita estaba entre \$2 400 y \$3 199.

En contraste con la pauta de durabilidad de los regímenes democráticos, que fluctúa en forma aleatoria en la medida en que aumenta el ingreso per cápita, los regímenes autoritarios son más vulnerables a las transiciones en la medida en que se incrementa el ingreso. La tasa de transición de los regímenes autoritarios, es decir, las probabilidades de que se conviertan en democráticos o semidemocráticos en un determinado año, aumentan en forma casi unilineal a medida que crece el ingreso per cápita. Las semidemocracias con ingresos más altos también tienen considerablemente más probabilidades de experimentar una transición, si bien ese aumento no es tan unilineal como en el caso de los regímenes autoritarios.

La razón que explica por qué la democracia es más frecuente con un nivel de ingresos más alto en América Latina contradice la pauta encontrada por Przeworski y Limongi en una comparación más amplia (1997). En América Latina, la democracia es más frecuente con un nivel de ingresos más alto, no porque sea menos vulnerable—esto es cierto sólo cuando los ingresos superan los \$3 200 dólares de 1980 per cápita—sino, más bien, principalmente porque hay más probabilidades de una desestabilización de los regímenes no democráticos, algunos de los cuales se transforman en democracias. La

mayor estabilidad de las democracias latinoamericanas que superan el umbral de los \$3 200 dólares per cápita fortalece la correlación entre los ingresos per cápita más altos y la democracia, pero esta correlación existe en gran medida porque los regímenes no democráticos tienen más probabilidades de transformarse con niveles más altos de ingreso. La correlación entre la democracia y un ingreso per cápita más alto es más débil que en el plano mundial porque es alta la tasa de colapsos de las democracias con niveles medios de ingreso hasta que alcanzan el umbral de los \$3 200 dólares.

Por qué la modernización en cierta medida favoreció la democratización

Después del análisis anterior, surgen dos preguntas. La primera es por qué en cierto modo ha sido más probable que los países con ingresos per cápita más altos fueran democráticos. La segunda es por qué en América Latina ha sido modesta, en comparación con el resto del mundo, la correlación entre los ingresos per cápita y la democracia.

Como acabamos de ver, en el caso de América Latina la respuesta a la primera pregunta depende básicamente de por qué los regímenes no democráticos tienen tasas más altas de transición con niveles más altos de desarrollo. Tres factores, todos ellos examinados con más detalle en otros artículos, contribuyen a aclarar este enigma (Diamond, 1992; Lipset, 1960; Rueschemeyer *et al.*, 1992; Santos, 1985). En primer lugar, un nivel más alto de desarrollo se asocia a una cultura política más democrática. Son más los ciudadanos que tienen más información, en comparación con los países más pobres. Los niveles de educación son más altos y los ciudadanos más educados son más activos, capaces de ejercer presión a favor de la democracia. Los datos de encuestas realizadas en América Latina sistemáticamente han demostrado que, como sucede en otras partes, es más probable que los ciudadanos más educados se interesen en la política, participen y expresen actitudes consideradas democráticas.

En segundo lugar, el crecimiento económico transformó la estructura de clases en formas generalmente propicias para desafiar al autoritarismo. Llevó a la creación de una clase media más grande. Si bien los sectores medios en América Latina no han apoyado uniformemente la democracia, en la mayoría de los países fueron actores importantes en las transiciones a la democracia y la han

seguido apoyando. Este argumento concuerda con la opinión de Lipset (1960) de que una clase media en expansión favorece la democracia.

A pesar de que la industrialización en América Latina se ha caracterizado por el uso intensivo de capital, el crecimiento económico favoreció la expansión del sindicalismo (Rueschemeyer *et al.*, 1992), que apoyó la mayoría de las transiciones a la democracia y combatió a las dictaduras militares. Los trabajadores generalmente apoyaron los regímenes democráticos, aunque no siempre (Collier, en prensa).

El crecimiento económico llevó a la diversificación. La producción manufacturera se expandió en prácticamente todos los países latinoamericanos entre 1950 y 1980, y el sector de servicios creció en todas partes en la medida en que declinaba la participación de la agricultura en las economías nacionales. De ese modo, la modernización debilitó el control de los terratenientes sobre el sistema político; con frecuencia ellos han sido autoritarios cuando se convierten en los actores principales del ámbito político.

Estas multifacéticas transformaciones económicas y sociales redujeron la influencia política de los terratenientes. En el largo plazo, el crecimiento económico promovió la diversificación de intereses y se crearon nuevos grupos que contrarrestaron el poder de los terratenientes, quienes, según Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992), en las sociedades en transición, son el sector más antidemocrático entre las clases acaudaladas.

El desarrollo económico ayudó a fortalecer la sociedad civil al crear contrapesos al Estado y a las elites tradicionales y las fuerzas armadas que controlaron el Estado en tantos países latinoamericanos. Como han señalado Diamond (1992), Putnam (1993), Rueschemeyer *et al.* (1992) y Tocqueville (1969), una sociedad civil vigorosa favorece la democracia porque crea grupos organizados que participan activamente en la vida civil. No se pretende expresar con esto que todos los grupos de la sociedad civil hayan promovido la democracia, pero muchos lo han hecho.

Por último, el crecimiento económico integró en forma más estrecha a América Latina en un sistema mundial. Esto se vinculó con el aumento de las importaciones y las exportaciones, que implican una exposición a los productos, las tecnologías y las empresas de otros países. También se asoció con la expansión de las comunicaciones y el transporte internacionales y con el crecimiento de los ingresos,

que hace posible que las personas, los grupos de interés, las empresas y los gobiernos saquen ventaja de esos vínculos crecientes.

¿Por qué, entonces, la correlación entre el ingreso per cápita y la democracia en América Latina ha sido más débil que en el ámbito mundial? La respuesta definitiva a esta pregunta requiere más investigación, pero parte de la respuesta es que, en los estudios globales, los países con mayor ingreso por habitante han tenido muchas probabilidades de ser democráticos, mientras que las naciones con ingreso per cápita muy bajo usualmente han sido autoritarias (Dahl, 1971, pp. 62-80; Przeworski *et al.*, 1996). La mayor parte de los países latinoamericanos están en una categoría intermedia, precisamente donde se esperaría la máxima incertidumbre en cuanto al tipo de régimen. A pesar de las importantes diferencias entre las naciones de América Latina, el rango de variación de ingreso per cápita es más pequeño que el correspondiente a la totalidad de los países del mundo.

Las actitudes políticas y la durabilidad de la democracia

El segundo factor que ha contribuido a una mayor durabilidad de las democracias latinoamericanas se relaciona con los cambios en las actitudes políticas hacia una mayor valorización de la democracia. Esta transformación fue significativa entre varios actores importantes y en la mayor parte del espectro político.

El cambio más grande en las actitudes hacia la democracia en América Latina se ha producido en la izquierda. A pesar de que nunca fue una fuerza numéricamente grande, la izquierda revolucionaria tuvo efectos importantes en muchos países latinoamericanos en las décadas de los sesenta y los setenta. Era autoritaria en cuanto a sus prácticas y al sistema político que preferían, y recurrió a la violencia para lograr sus objetivos (Gillespie, 1982; Ollier, 1998). Consideraba a la democracia liberal como un formalismo burgués; pensaba que la violencia era necesaria para "liberar" a la clase trabajadora, y propugnaba un socialismo revolucionario incompatible con la democracia.

La izquierda nunca fue un serio contendiente por el poder en la mayoría de los países, pero era considerada una amenaza por las elites privilegiadas, los militares y Estados Unidos. En la mayoría de los países latinoamericanos, la derecha era autoritaria aun antes de que los jóvenes revolucionarios irrumpieran en el escenario,

pero la extrema izquierda incitó a la derecha a adoptar posiciones más violentas. En los años sesenta, los actores conservadores temían, no sin fundamento, que los cambios revolucionarios condujeran a su destrucción. Reaccionaron en forma intransigente y apoyaron a los gobiernos autoritarios. A su vez, el autoritarismo de derecha llevó a las fuerzas disidentes a pensar que era imposible efectuar un cambio político por los canales tradicionales.

Para mediados de los años ochenta, la izquierda revolucionaria había desaparecido del campo político en la mayoría de los países (Castañeda, 1993), si bien Perú, El Salvador, Guatemala y Nicaragua todavía eran excepciones. En muchos países fue físicamente aniquilada. Se hizo obvio que su mayor efecto no era liberar "al pueblo", sino incitar a las fuerzas armadas a una represión despiadada. En Brasil y el Cono Sur, la mayoría de los izquierdistas revolucionarios reconsideraron y repudiaron sus anteriores convicciones y prácticas políticas (Ollier, 1998). Habiendo sufrido dictaduras brutales, la mayoría de los sobrevivientes concluyeron que la democracia era necesaria y deseable. Para los izquierdistas latinoamericanos, la Unión Soviética y China aparecían cada vez más como modelos de autoritarismo. La crisis del socialismo real, que culminó con el colapso de la Unión Soviética, redujo aún más el atractivo de las ideologías autoritarias de izquierda.

Históricamente, los intelectuales han tenido más influencia política en América Latina que en Estados Unidos, y así sucede hasta este momento. En los años sesenta y setenta, la mayoría de los intelectuales latinoamericanos influyentes se inclinaban hacia la izquierda y eran hostiles al capitalismo y ambivalentes (o peor) en cuanto a una democracia liberal. La teoría de la dependencia estaba en auge. La mayoría de los intelectuales consideraban que un cambio social radical era una prioridad más urgente que la democracia liberal. Muchos dudaban de que fuera posible una democracia "burguesa" en las condiciones del desarrollo dependiente.

En el periodo posterior a 1978, los intelectuales progresistas se convencieron más de la importancia de la democracia (Lamounier, 1979; Pakenham, 1986; Weffort, 1985). Para fines de los años ochenta, la teoría de la dependencia había perdido credibilidad (Pakenham, 1992), era atacada la teología de la liberación y había disminuido la fascinación por la revolución.

El cambio en la izquierda no se limitó a los grupos insurrectos y los intelectuales; se extendió a los partidos importantes desde el

punto de vista electoral. Comprometido con los ideales leninistas y retóricamente favorable a una sublevación revolucionaria en los años sesenta y setenta, el Partido Socialista chileno se convirtió en un firme defensor de la democracia liberal en los ochenta (Walker, 1990). En 1972, el Comité Central del Partido Socialista criticó al gobierno socialista de Salvador Allende por respetar “mecanismos burgueses que son precisamente los que nos impiden realizar los cambios que necesitamos”, y pidió la instauración de una dictadura del proletariado (Walker, 1990, p. 159). Para 1982, apenas una década más tarde, el ala del partido que había denunciado más vigorosamente la institucionalidad burguesa rechazó de manera explícita el socialismo real, afirmando que no había logrado “crear mecanismos de gobierno democrático capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por esta razón, no constituye un modelo de inspiración para el socialismo chileno” (Walker, 1990, p. 188). A pesar de haber sido antes ambivalente acerca de la democracia liberal, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia la adoptó en los años ochenta. Notorio por su pasado autoritario, el Partido Peronista de Argentina, con una orientación predominante de centro-izquierda hasta los ochenta, también aceptó en gran medida la democracia en esa década. Antes del colapso de 1973, el Frente Amplio de Uruguay estaba dominado por elementos semileales y desleales, en los términos de Linz (1978). A comienzos de los noventa, la mayoría de los líderes del partido aceptaban por completo la democracia.

El cambio en la derecha fue igualmente importante aunque no tan profundo. Desde un punto de vista histórico, la derecha era el gran obstáculo para la democracia en América Latina. La oligarquía mantuvo un poder irrestricto hasta algún momento (que varió según el país) del siglo XX, y rechazaba aceptar la democracia si al hacerlo resultaban amenazados sus intereses básicos. En la medida en que la izquierda revolucionaria se volvió más importante —por las secuelas de la Revolución Cubana—, la derecha se tornó más dispuesta a socavar la democracia (cuando existía) para proteger sus intereses y menos inclinada a contemplar las posibilidades de una democracia si ésta no existía. Las elites políticas conservadoras con frecuencia conspiraron contra la democracia en Brasil entre 1946 y 1964 (Benevides, 1981) y en Argentina entre 1930 y 1966 (Gibson, 1996).

Al desvanecerse el fantasma del comunismo, gran parte de la derecha se tornó dispuesta a acatar las reglas democráticas del juego y

los demás sectores se volvieron menos propensos a apoyar los golpes de Estado. La transformación de la izquierda hacia una orientación más democrática promovió una trayectoria similar en la derecha. Una de las transformaciones más espectaculares se produjo en el partido de derecha en El Salvador, la Alianza Republicano Nacionalista (Arena). Conocido por sus estrechos vínculos con escuadrones de la muerte y la oligarquía a comienzos de los ochenta, para mediados de los noventa Arena había ayudado a diseñar el tratado de paz que terminó la guerra civil en El Salvador e incorporó a la antigua guerrilla al proceso político (Wood, en prensa). Los antecedentes de un "régimen despótico" violento y reaccionario (Baloyra, 1983) no habrían augurado un desarrollo de ese tipo. Los grupos empresariales no han estado a la vanguardia de la democratización, pero han vivido en paz con ella en la mayoría de los países. Es cuestionable que la derecha apoye por completo a la democracia en la mayoría de los países, pero el simple hecho de que la acepte marca un cambio histórico.

Poco se puede decir sobre un cambio de actitudes entre los militares porque son escasas las investigaciones al respecto. Investigaciones anteriores han indicado que pocos golpes de Estado tienen éxito sin el apoyo de aliados civiles poderosos (Stepan, 1971). En consecuencia, aun cuando en las fuerzas armadas no se haya producido un cambio significativo de valores, la modificación de las actitudes de los otros actores ha incitado a un comportamiento diferente de los militares en el campo político. Es probable que también hayan cambiado los valores políticos en una dirección más democrática entre las masas, pero no hay encuestas confiables en el plano regional efectuadas en el periodo democrático anterior que nos permitan verificar esta hipótesis.

Los cambios de actitudes hacia la democracia en América Latina fueron interactivos, es decir, los cambios en un actor promovieron el cambio en otros. La conversión de los grupos izquierdistas a la política democrática, por ejemplo, redujo los temores de los actores derechistas de que la democracia pudiera conducir a su destrucción. Del mismo modo, la creciente buena disposición de los grupos y gobiernos de derecha a acatar la política electoral indicó a la izquierda que cierto cambio positivo —cuando menos el fin de las violaciones generalizadas de los derechos humanos— podría producirse gracias a la democracia.

La difusión de los ideales democráticos no fue uniforme en los distintos países o dentro de ellos. En los años ochenta, las actitudes

cambiantes hacia la democracia avanzaron notablemente en América del Sur, con la única excepción de Perú. América Central y, más específicamente, Nicaragua, El Salvador y Guatemala siguieron siendo casos atípicos; el compromiso con la democracia se retrasó. No obstante, para los años noventa la mayoría de los actores en estos países, con sus antecedentes de autoritarismo implacable y a menudo brutal, habían reconocido la conveniencia de la paz y que ésta sólo podía ser alcanzada mediante elecciones competitivas. La transformación de las actitudes políticas también varió según las regiones dentro de los países. La práctica democrática en las regiones menos desarrolladas a menudo está viciada por elites tradicionales cuya práctica y retórica aún están lejos de ser totalmente democráticas (Hagopian, 1996; O'Donnell, 1993).

A pesar de estos límites, los cambios en las actitudes políticas en América Latina tuvieron profundas repercusiones. En los años noventa, la política era menos polémica y menos amenazadora. Ha desaparecido la idea de que la política es un importantísimo juego de suma cero, una guerra de baja intensidad. En estas condiciones, es más fácil mantener la democracia. Los actores están dispuestos a aceptar pérdidas menores bajo la democracia; antes, no estaban dispuestos a participar en un juego que pudiera entrañar pérdidas catastróficas. Estos cambios de actitudes acerca de la democracia y la política han contrarrestado algunos elementos negativos que podrían haber conspirado contra la democracia, en especial los deficientes resultados económicos y sociales.

Paradójicamente, estos cambios de actitudes hacia la democracia, benéficos desde el punto de vista de su durabilidad, no han estado exentos de aspectos negativos. América Latina ha sido por mucho tiempo la región del mundo con desigualdades más pronunciadas, que se exacerbaban durante los años ochenta. Con el debilitamiento y la transformación de la izquierda en tantos países, son menos las voces que han llamado la atención acerca de la urgencia de combatir las desigualdades y mejorar los niveles de vida. El precio de la democracia puede haber sido, como ha sugerido Przeworski (1986), la inviolabilidad de las relaciones de propiedad.

Los factores internacionales

El contexto y los actores internacionales son influencias importantes en la democratización. En el periodo posterior a 1978, han contribuido a mantener la democracia en América Latina.

En un sentido más general, las influencias y los actores internacionales han afectado considerablemente las perspectivas de democracia en todo el mundo (Farer, 1996; Pridham, 1991; Whitehead 1986, 1991, 1996). En su cuidadoso estudio, Przeworski *et al.* (1996) encontraron que el efecto de difusión internacional pesó más que todos los otros factores al evaluar las perspectivas de que perdurara una democracia. El contexto internacional tiene peso, en parte, porque el contexto ideológico internacional estimula o desalienta la democracia y, en parte, porque actores externos –como los gobiernos, los organismos multilaterales, las iglesias y otras organizaciones no gubernamentales– pueden promover o debilitar las democracias.

El contexto ideológico internacional

Los actores políticos nacionales no funcionan en un vacío circundado por las fronteras nacionales. Actúan en un mundo de fronteras permeables y un amplio flujo de información. Los libros y las revistas, la televisión y la radio, la comunicación electrónica, las conferencias internacionales y las visitas académicas y políticas a otros países actúan como instrumentos de difusión de la información.

Más que constituir hechos independientes en los países latinoamericanos, los cambios de actitudes tuvieron poderosos efectos de demostración más allá de las fronteras: lo que Starr (1991) llama *efectos de difusión*. Los grupos izquierdistas en un país fueron testigos de la futilidad de tratar de ganar el poder por medios revolucionarios en los países vecinos. Los intelectuales se reunieron en conferencias internacionales e intercambiaron ideas. Los países que eran miembros de la Internacional Socialista observaron transformaciones paralelas en Europa Occidental y América Latina.

Estos canales de comunicación son particularmente importantes para los actores con persuasión ideológica semejante. En la izquierda del espectro político, la creciente aceptación y valoración de la democracia en América Latina fue impulsada por acontecimientos en Europa Occidental en los años setenta y por el agotamiento

del socialismo en los ochenta. Muchos intelectuales y políticos latinoamericanos que encabezaron la reevaluación de la democracia por la izquierda habían vivido en el exilio en Europa Occidental u Oriental. En Europa Occidental, fueron influidos por las crecientes críticas a los regímenes socialistas existentes por las progresivas impugnaciones a la antigua izquierda autoritaria, provenientes de nuevos movimientos sociales (especialmente los movimientos feministas, pacifistas y ambientalistas) y los partidos verdes. Los integrantes de la izquierda que no se exiliaron también recibieron la influencia del cambiante clima internacional.

En la tercera ola de democratización, con la parcial excepción de los primeros dos años de gobierno del presidente Reagan, el contexto ideológico internacional ha sido relativamente favorable a la democracia en América Latina. Este contexto ideológico propicio no garantiza que países específicos serán democráticos, pero aumenta las probabilidades de la democracia. Los factores internacionales sólo *determinan* excepcionalmente transiciones y procesos de los regímenes, pero alteran de modo considerable las probabilidades a favor o en contra de la democracia.

Los actores internacionales: la Iglesia católica

Los cambios de actitudes hacia la democracia en América Latina representan un caso paradigmático de la permeabilidad entre las influencias nacionales e internacionales. Esto es evidente en la función de la Iglesia católica, que es simultáneamente un actor internacional y nacional.

La Iglesia católica ha sido tradicionalmente un actor de cierto peso en la mayoría de los países latinoamericanos y, hasta los años sesenta, tomó partido por el autoritarismo con más frecuencia que por la democracia. Fue un protagonista fundamental en muchos golpes de Estado contra gobiernos democráticos o semidemocráticos en toda la región. Las revoluciones en México y Cuba fueron enérgicamente anticlericales, y la Iglesia en forma sistemática se opuso a los movimientos y gobiernos izquierdistas. La Iglesia aplaudió los golpes de Estado de Venezuela en 1954 (Levine, 1973), Colombia en 1948, Brasil en 1964 y Argentina en 1976.

Desde los años setenta, la Iglesia católica por lo general ha apoyado la democratización (Huntington, 1991, pp. 74-85). Bajo la in-

fluencia del Concilio Vaticano Segundo, llegó a aceptar y fomentar la democracia en la mayor parte de la región, si bien, nuevamente, con algunas excepciones. En Brasil, la Iglesia encabezó la oposición al gobierno militar en los años setenta y propugnó vigorosamente el regreso a la democracia (Mainwaring, 1986). En otras partes, alcanzó un pacífico *modus vivendi* con los gobiernos democráticos (Levine, 1981), a pesar de los conflictos en cuestiones tales como el aborto. En unos cuantos casos, como en Argentina y Guatemala, la Iglesia apoyó al gobierno autoritario en los años setenta y comienzos de los ochenta, pero aun en esos países no ha intentado socavar la democracia a partir de su inicio. En Chile, El Salvador, Nicaragua y Perú, criticó los regímenes autoritarios y promovió transiciones a la democracia.

El gobierno estadounidense y los organismos gubernamentales

Los cambios en las normas y las prácticas internacionales, apoyados por la diplomacia estadounidense, crearon nuevas presiones a favor de la democracia. Esto representa un cambio con respecto a la mayor parte del periodo posterior a 1945. Históricamente, Estados Unidos apoyó golpes de Estado contra gobiernos democráticos (Brasil en 1964, Chile en 1973); en ciertas ocasiones (Guatemala en 1954), fueron protagonistas destacados, y rara vez promovieron con energía la democracia en América Latina. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos generalmente subordinó el apoyo a la democracia a los problemas de seguridad nacional (Packenham, 1973). Dada la naturaleza ubicua de la confrontación entre la Unión Soviética y Estados Unidos, se expandió tanto la idea de los intereses de seguridad nacional que la potencia norteamericana apoyó golpes contra gobiernos reformistas de diversa índole. Supuestamente, Franklin Delano Roosevelt dijo de Somoza: "Es un hijo de perra, pero es nuestro hijo de perra."

Desde comienzos del siglo XX hasta el gobierno de Jimmy Carter, fue frecuente congraciarse con los dictadores amigos. Esta práctica comenzó a cambiar durante el gobierno de Carter, quien criticó públicamente las violaciones a los derechos humanos cometidas por gobiernos autoritarios (Argentina, Brasil, Chile y Uruguay) amigos de Estados Unidos. Carter también apoyó las transiciones democráticas en Ecuador, Perú y República Dominicana. En este último país, en 1978, sus iniciativas bloquearon el fraude electoral que hu-

quiera prolongado el gobierno autoritario. Al promover un recuento imparcial de los votos, Carter contribuyó a preparar el terreno para la primera transición democrática de la tercera ola de democratización en América Latina. Su política también ayudó a salvar vidas y a limitar el empleo de la tortura en la región, e inició el cambio del discurso político concerniente a la política exterior en Estados Unidos.

Durante su campaña presidencial de 1980, Ronald Reagan censuró con dureza la política de derechos humanos de Carter. Después de tomar posesión de su cargo, se previó que abandonaría la preocupación por la democracia y los derechos humanos. Apoyó a los dictadores del Cono Sur hasta que Argentina invadió las Islas Falkland (Malvinas) en 1982, y apuntaló los regímenes represivos de El Salvador y Guatemala que se venían abajo.

A pesar de su visceral oposición a los gobiernos de izquierda, sorprendentemente la política exterior del gobierno de Reagan comenzó a hacer hincapié en la democracia durante su segundo periodo en la presidencia (Carothers, 1991). La guerra de 1982 en el Atlántico Sur entre Gran Bretaña y Argentina contribuyó a la reorientación del gobierno estadounidense al develarse la potencial belicosidad y el comportamiento errático de los regímenes autoritarios. El gobierno estadounidense apoyó a Gran Bretaña en la conflagración y, de allí en adelante, nunca más apoyó a los generales de Argentina.

A fin de fortalecer la credibilidad de su muy criticada ofensiva militar contra los sandinistas, el gobierno estadounidense usó la retórica en favor de la democracia y, por último, criticó el autoritarismo de la derecha (Arnson, 1993; Whitehead, 1991). Sin un esfuerzo mínimo por fomentar la democracia en otras partes de América Latina, la cruzada contra los sandinistas y el apoyo a los regímenes de El Salvador y Guatemala hubieran encontrado, en el público y en el Congreso, una resistencia mayor que la que ya afrontaban.

Las políticas de Reagan siguieron marcadas por desgastantes tensiones, como el esfuerzo por estimular la democracia y, al mismo tiempo, por promover una concentración de gobiernos militares manifiestamente autoritarios en América Central. Sin embargo, ni siquiera aquí el gobierno estadounidense abandonó por completo la causa de la democracia. Al mismo tiempo que inyectaba cientos de millones de dólares para armar al ejército salvadoreño, presionaba para realizar elecciones e intentaba apoyar a los demócrata cristianos, un partido de centro, por encima de la derecha. En un contexto de violaciones masivas a los derechos humanos, las elecciones salva-

doreñas de los años ochenta tuvieron muchos defectos, pero se mantuvo en un nivel mínimo el fraude abierto. Similares presiones estadounidenses empujaron a los militares guatemaltecos a convocar a elecciones en 1985, lo cual llevó a la presidencia a un civil, Vinicio Cerezo, en 1986. Si bien estos gobiernos no eran democráticos, los cargos fueron ganados en elecciones competitivas.

En otras partes, libre de la potencial disyuntiva entre el anticomunismo y la democracia, la administración estadounidense intentó fomentar la democracia. El gobierno de Reagan declaró su oposición a las sublevaciones militares en Argentina en 1987 y 1988 y ejerció presión en favor de un cambio democrático en Chile, Paraguay, Panamá y Haití. La política hacia Chile se modificó en 1983, cuando el gobierno estadounidense comenzó a criticar las violaciones de los derechos humanos y pidió el retorno a la democracia. En Chile, el embajador Harry Barnes, designado en 1985, criticó al gobierno autoritario y las violaciones de los derechos humanos, apoyó a grupos de oposición e instó a celebrar elecciones democráticas. El gobierno estadounidense también condicionó el otorgamiento de préstamos multilaterales a Chile al mejoramiento de los derechos humanos y al progreso en la democratización.

Con el presidente Bush, Estados Unidos en general apoyó las iniciativas democráticas en América Latina. El respaldo a los gobiernos democráticos fue facilitado por el colapso de la Unión Soviética y el revés sufrido por los sandinistas en los comicios de 1990. El anticomunismo declinó y Estados Unidos ya no tenía que combatir la amenaza comunista.

Los gobiernos de Bush y Clinton promovieron la democratización en Haití, criticaron los retrocesos al autoritarismo en Perú (1992) y Guatemala (1993), y ejercieron presión contra los golpistas en Argentina (1987 y 1988), Perú (1989), Venezuela (1992) y Paraguay (1996). La invasión de Panamá en 1989 –dudosa desde otras perspectivas– derrocó al dictador Manuel Noriega y llevó a la instalación de un gobierno al que, mediante el fraude electoral, se le había impedido llegar al poder. Estados Unidos ha usado las presiones diplomáticas, los pronunciamientos públicos y las sanciones económicas para respaldar la democracia y poner trabas a los regímenes autoritarios (Pastor, 1989).

Los organismos multilaterales

Éstos también han defendido la democracia con más vigor que nunca. En los últimos años, la OEA y la ONU se han convertido en enérgicos defensores de la democracia. En 1990 tuvieron una presencia destacada en las elecciones nicaragüenses, en un esfuerzo por promover un proceso limpio. Ésta fue la primera vez que la ONU vigiló la elección de un país miembro. Después de ese éxito, ambos organismos también vigilaron las elecciones y promovieron conversaciones de paz en El Salvador, Guatemala y Haití (McCoy, Garber y Pastor, 1991). En 1991, la OEA aprobó la Resolución 1080, la cual creó un nuevo mecanismo para la defensa multilateral de la democracia.

Firmado por cinco presidentes centroamericanos en 1987, el Acuerdo de Esquipulas representó el primer paso hacia la promoción multilateral efectiva de la democracia y la pacificación. Este acuerdo tenía el propósito de terminar con las guerras civiles centroamericanas y promover la democracia. Los presidentes se comprometieron colectivamente a garantizar la paz y la democracia.

Los gobiernos democráticos de América Latina han apoyado los esfuerzos para fomentar la democracia e imponer sanciones contra los regímenes autoritarios. En forma colectiva, las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), los organismos multilaterales y los gobiernos de América Latina, Europa Occidental y América del Norte han creado una norma de desaprobación del autoritarismo y de apoyo —ideológico, si no material— a la democracia.

Los grupos que vigilan las elecciones han aumentado la integridad del proceso electoral. Esa vigilancia fue importante en Chile en el plebiscito de 1988 y en Nicaragua en 1990. En ambos casos, la intervención extranjera incrementó en los ciudadanos las expectativas de elecciones libres y estimuló a los políticos en el poder a respetar los resultados desfavorables en los comicios.

Pero no sólo han cambiado las normas: han surgido nuevos mecanismos institucionales para hacerlas cumplir. En julio de 1996, los presidentes de los países del Mercosur —Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile— firmaron un acuerdo que establece que cualquiera de las naciones miembro sería expulsada si se derrumbaba la democracia. La presión de los países vecinos del Mercosur contribuyó a evitar un golpe de Estado en Paraguay en abril de 1996. En una era de creciente integración económica internacional, los

gobiernos autoritarios afrontaron entonces la considerable posibilidad de ser objeto de sanciones económicas como las que paralizaron las economías de Panamá en el gobierno de Noriega y de Haití después de que los militares depusieron a Aristide. Estados Unidos, la ONU y la OEA han aplicado sanciones contra gobiernos manifiestamente autoritarios.

Nunca antes en el Continente Americano ha existido algo semejante al casi universal apoyo ideológico a la democracia presente desde la segunda presidencia de Reagan. Aun en este contexto, pueden producirse colapsos de la democracia, como sucedió en Perú en 1992, pero son menos probables.

La explicación de la durabilidad de la democracia: un análisis cuantitativo

Factores estructurales, ideológicos e internacionales han contribuido a una mayor durabilidad de la democracia en el periodo posterior a 1978. Si bien el grueso de la explicación se ha basado en el método histórico comparativo, algunas pruebas estadísticas pueden ayudar a comprobar los argumentos.

Con una variable dependiente categórica y dicotómica, la regresión logística constituye un instrumento para determinar si los cambios estructurales o un efecto de contagio internacional tienen más peso al explicar las vicisitudes de la durabilidad de la democracia en América Latina. Como la medición usada de la variable dependiente (la democracia) hasta 1972 es categórica con sólo tres valores posibles (gobierno autoritario, semidemocrático y democrático), se realizó una dicotomía de la variable dependiente y se usó la regresión logística. Primero se efectuó la regresión comparando los casos democráticos con los semidemocráticos y autoritarios, y luego comparando los casos democráticos y semidemocráticos con los autoritarios. Como no había datos del PIB per cápita en algunos países para 1940-1944, la regresión está limitada a 1945-1996.

El cuadro 5 muestra los resultados de seis modelos, tres para cada una de las variables dependientes. Los modelos I y IV evalúan específicamente la relación entre el PIB per cápita y la durabilidad democrática y confirman que los países con un ingreso per cápita más alto tienen más probabilidades de ser democráticos. La única variable independiente es el PIB per cápita. En el modelo I, las probabili-

Cuadro 5. Modelos de regresión logística (1945-1996)

Variables independientes	Variables dependientes					
	Democracia		Democracia y semidemocracia			
	I	II	III	IV	V	VI
PIB per cápita ^a	0.921** (0.084)	0.893** (0.083)	0.607** (0.110)	0.555** (0.076)	0.510** (0.076)	0.089 (0.101)
Difusión		0.094* (0.030)	0.223** (0.040)		0.236** (0.029)	0.347** (0.034)
Variable dicotómica del compromiso ^b			4.279** (0.292)			10.058 (6.499)
Constante	-2.163** (0.141)	-2.639** (0.213)	-3.967** (0.322)	-0.760** (0.115)	-1.941** (0.188)	-2.610** (0.231)
<i>Pronosticadas correctamente</i>						
Democracias	23.7	26.8	67.0	44.6	55.4	70.5
No democracias	91.5	91.1	97.4	76.1	76.5	89.3
Todos los regímenes	71.6	72.2	88.5	60.7	66.2	80.1
R ² de Nagelkerke	0.205	0.217	0.601	0.081	0.169	0.511
N	988	988	988	988	988	988

Coefficientes de regresión logística (errores estándar).

^a En miles de dólares estadounidenses de 1980.

^b Los países codificados como 1 fueron Argentina (1983-1996), Brasil (1985-1996), Chile (1945-1970 y 1990-1996), Colombia (1958-1990), Costa Rica (1949-1996), Uruguay (1945-1971 y 1985-1996) y Venezuela (1963-1992).

* Significativa en el nivel 0.005.

** Significativa en el nivel 0.0001.

dades de democracia aumentan de 11.5% con \$133 per cápita (el ingreso más bajo en los países en los 52 años) a 27.7% con \$1 309 per cápita (el promedio para los 19 países en 52 años) y a 95.2% con \$5 597 per cápita (el ingreso más alto en los países en los 52 años).

Los modelos II y V usaron dos variables independientes: el PIB per cápita de un país en un determinado año y el número de países que eran democráticos ese año, excluyendo al país en cuestión. Esta última variable sirvió como valor sustitutivo de un efecto de contagio democrático internacional. La variable podía fluctuar entre cero (ninguno de los demás países latinoamericanos era democrático) y 18 (todos los demás países eran democráticos). En ambos modelos, las dos variables independientes fueron estadísticamente significativas en un nivel muy alto. Al agregar la segunda variable independiente mejoró el porcentaje de casos pronosticados correctamente y la R^2 de Nagelkerke. Con el promedio de ingresos per cápita de \$1 309 para los 988 casos, las probabilidades de democracia en el modelo II aumentaron de 21.7% cuando otros dos países son democráticos (el valor más bajo durante este periodo) a 27.4% con 5.28, otras democracias (el promedio), y a 37.1% con otras 10 democracias (el valor más alto).

Los modelos III y VI incluyen una variable dicotómica correspondiente al compromiso democrático. Sería preferible una medición continua y objetiva del compromiso democrático, pero, en este punto del desarrollo de las ciencias sociales, esa tarea sería muy difícil y tardaría muchísimo tiempo para propósitos retrospectivos. En consecuencia, se codificó a los países sobre la base de las evaluaciones encontradas en la literatura secundaria. El criterio para la codificación fue que el gobierno y los principales actores de la oposición estuvieran claramente comprometidos con la democracia en un determinado año. Cuando había alguna duda, no se incluyó al país. La literatura es relativamente homogénea al indicar que, con estos criterios, Argentina (1983-1998), Brasil (1985-1998), Chile (1932-1970, 1990-1998), Colombia (1958-1990), Costa Rica (1949-1998), Uruguay (1942-1971, 1985-1998) y Venezuela (1963-1992) sobresalen por sus sólidos compromisos con la democracia; por consiguiente, están codificados como 1.

No es seguro que esta variable pueda ser evaluada independientemente. Por definición, sólo un régimen democrático puede ser clasificado como comprometido con la democracia. Dados los problemas potenciales con esta variable, se efectuaron todas las regresiones con

Cuadro 6. Probabilidad de democracia según el PIB per cápita
(Se fijó en 5 el número de democracia)

	<i>PIB per cápita</i>	<i>Probabilidad de democracia sin un compromiso democrático (%)</i>	<i>Probabilidad de democracia con un compromiso democrático (%)</i>
Más baja	133	5.9	82.1
Promedio	1 309	11.3	90.4
Más alta	5 597	63.3	99.2

Probabilidad de democracia según el número de otras democracias (el PIB per cápita se fijó en \$1 309)

	<i>Número de otras democracias</i>	<i>Probabilidad de democracia sin un compromiso democrático (%)</i>	<i>Probabilidad de democracia con un compromiso democrático (%)</i>
Más baja	2.00	6.1	82.8
Promedio	5.28	12.0	90.9
Más alta	10.00	28.0	96.6

ella y sin ella. Al agregar esta variable aumenta más el porcentaje de casos pronosticados correctamente y la R^2 de Nagelkerke. El cuadro 6 muestra cómo la variable del compromiso democrático afecta las probabilidades de democracia manteniendo constante el número de otras democracias y variando el nivel de ingresos, y luego manteniendo constante el nivel de ingresos y variando el número de otras democracias.

Usando las mismas variables independientes, el cuadro 7 muestra los resultados de una regresión lineal con las puntuaciones de Freedom House como variable dependiente para 1972-1996. El modelo I usa sólo el PIB per cápita como variable independiente. Cada aumento de \$1 000 en el PIB per cápita produce una disminución prevista de 0.835 en las puntuaciones de Freedom House. El modelo II agrega el número de otras democracias como variable independiente. Ambas variables independientes fueron estadísticamente significativas en el nivel 0.001, lo cual corrobora en forma convincente la afirmación de que esas variables tienen un efecto considerable sobre la durabilidad de la democracia en América Latina. Ambas variables fueron también muy significativas, si bien ninguna tuvo un efecto abrumador en las puntuaciones de Freedom House. Cada aumento de 1 en el número de otras democracias latinoamericanas produjo una disminución de -0.243 en las puntuaciones previstas

Cuadro 7. Modelos de mínimos cuadrados ordinario (OLS) para las puntuaciones de Freedom House. Coeficientes de regresión estandarizados y no estandarizados (1972-1996)

Variables independientes	Variables dependientes		
	Puntuación de Freedom House ^a		
	I	II	III
PIB per cápita ^b	-0.835* (0.129)	-0.879* (0.126)	-0.004 (0.120)
	-0.286*	-0.301*	-0.014
Difusión		-0.243* (0.049)	-0.191* (0.041)
		-0.214*	-0.168*
Variable dicotómica del compromiso			-4.211* (0.295)
			-0.589*
Constante	8.390* (0.241)	10.127* (0.422)	9.435* (0.356)
R ² ajustada	0.080	0.123	0.387
N	475	475	475

Coefficientes de mínimos cuadrados ordinarios (errores estándar). Las negritas indican que son coeficientes estandarizados (beta).

^a Medida como la suma de las puntuaciones de Freedom House sobre las libertades civiles y los derechos políticos (2 = el más democrático; 14 = el menos democrático).

^b En miles de dólares estadounidenses de 1980.

* Significativa en el nivel 0.001.

de Freedom House (éstas bajan en la medida en que las condiciones son más democráticas). En consecuencia, un aumento de 4.12 democracias más disminuiría en 1.00 la puntuación prevista de Freedom House. Cada incremento de \$1 000 en el PIB per cápita representó una disminución de -0.879 en las puntuaciones previstas de Freedom House; por lo tanto, un aumento de \$1 138 per cápita generaría una reducción de 1.00 en las puntuaciones previstas de Freedom House. El modelo explica el 12.3% de la varianza en las puntuaciones de Freedom House. No obstante, es de esperar esta modesta R², dada la naturaleza indeterminada de la política. Los dos factores analizados aquí configuran considerablemente las perspectivas de democracia, pero el liderazgo político, la naturaleza específica de los conflictos políticos en un país y otros factores relacionados con la representación política también son importantes. La misma elevada significación estadística de ambas variables independientes corrobora el argumento de que contribuyen a explicar el aumento de la durabilidad de la democracia.

Cuadro 8. Probabilidad de democracia por periodo, 1945-1977 en contraste con 1985-1996

PIB per cápita (en dólares estadounidenses de 1980)	1945-1977		1985-1996	
	Años/ régimen	Porcentaje democrático	Años/ régimen	Porcentaje democrático
0 a 399	39	0.0	12	0.0
400 a 799	271	6.6	47	34.0
800 a 1 199	133	15.0	35	40.0
1 200 a 1 799	87	57.5	56	55.4
1 800 a 2 399	35	45.7	35	60.0
2 400 a 3 199	27	3.7	18	61.1
3 200 o más	35	65.7	25	100.0
<i>Total</i>	<i>627</i>	<i>20.4</i>	<i>228</i>	<i>51.8</i>

Cuando se agregó la variable dicotómica del compromiso democrático para 1972-1996, el PIB per cápita perdió su significación estadística; sin embargo, el efecto de contagio democrático y el compromiso con la democracia fueron muy significativos. La variable del compromiso democrático tiene un poderoso efecto sustantivo. Cuando un país es codificado como "1", lo cual significa que los líderes del gobierno y los principales actores de la oposición estaban comprometidos con la democracia, las puntuaciones previstas de Freedom House caen considerablemente, en 4.21. Dados los problemas de medición de la variable del compromiso democrático, los resultados del modelo III no son concluyentes.

Si es correcto el argumento de que los cambios en los valores políticos y en el sistema internacional han promovido la tercera ola de democratización, también tendríamos que poder detectar un efecto del tiempo. Aproximadamente después de 1985, el establecimiento de la democracia debería haber sido más probable en la mayoría de las categorías de ingreso que antes de 1978. Entre esos años, muchos regímenes autoritarios instalados en los años previos todavía estaban intactos y, por consiguiente, el efecto del tiempo de la tercera ola no sería necesariamente evidente. El cuadro 8 muestra los resultados que confirman la hipótesis.

La tasa de colapso de la democracia también muestra claramente un efecto del tiempo. Disminuyó de 4.7% (seis colapsos en 128 casos) durante el periodo 1945-1977 a cero (ningún colapso en 118 casos) en el periodo 1985-1996. La incidencia más baja de colapsos no puede atribuirse fácilmente a un ingreso per cápita más alto porque, con

la mayoría de los niveles de ingresos, el número de casos democráticos es similar en los periodos de 1985 y 1996 y de 1945-1977. Si la tasa más baja de colapsos en 1985-1996 fuera principalmente un resultado de la modernización, se esperaría que hubiera una mayor proporción de casos democráticos en las categorías de ingresos más altos en este último periodo. No obstante, como se señaló antes, también ha surgido un nuevo fenómeno pernicioso en la tercera ola: el desgaste de las democracias para convertirse en semidemocracias.

La tasa de transición de los regímenes no democráticos se incrementó en forma sustancial en la tercera ola. De 1945 a 1977, la tasa de transición de las no democracias fue de 5.8% (29 transiciones en 499 casos). De 1985 a 1996, esta tasa aumentó a 10.0% (11 transiciones en 110 casos). Esta combinación de menos colapsos de la democracia y más transiciones de los regímenes no democráticos (muchas a la democracia) explica el predominio de la democracia en los años noventa.

Conclusiones

En América Latina, durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo, fue más probable que la democracia prosperara en los países más desarrollados desde el punto de vista económico. En este sentido, el juicio clásico propuesto por la teoría de la modernización es correcto, pero con las numerosas salvedades señaladas antes.

El periodo posterior a 1978 ha mostrado que la democracia puede perdurar en condiciones económicas y sociales adversas si los principales actores están comprometidos con las normas democráticas del juego. Los factores estructurales son importantes, pero los actores políticos adoptan valores y comportamientos que no pueden reducirse a la situación estructural. En este sentido, el análisis efectuado aquí concuerda con los enfoques de la democratización que ponen énfasis en el papel de los actores (por ejemplo, Levine, 1973; Linz, 1978; O'Donnell y Schmitter, 1986). Sin embargo, la calidad de la democracia en general ha sido mucho mayor en los países latinoamericanos con ingresos medios o más ricos. Este hecho —y en realidad todo el análisis realizado aquí— sugiere la importancia de combinar dos enfoques: el estructural y el de los actores.

Las pruebas en América Latina indican que los cambios en las actitudes políticas han sido importantes para sostener la democracia en el periodo posterior a 1980. Los cambios estructurales han

sido trascendentes, pero han resultado eclipsados por una nueva valoración de la democracia política.

Hasta los años noventa, la mayoría de los trabajos sobre la democracia prestaban relativamente poca atención a los factores internacionales (como excepción, véase el artículo de Whitehead, 1986). Estos factores han sido importantes para sostener a los gobiernos de elección popular en América Latina desde 1978. Tres tipos de factores internacionales han contribuido a configurar las perspectivas de democracia: la propagación de ideas (un efecto de difusión), las acciones de los gobiernos y las acciones de organismos multilaterales y actores no gubernamentales.

Referencias bibliográficas

- Arnson, Cynthia J. (1993), *Crossroads: Congress, the President, and Central America, 1976-1993*, University Park, PA, Penn State University Press.
- Baloyra, Enrique A. (1983), "Reactionary Despotism in El Salvador: An Impediment to Democratic Transition", en Martin Diskin (ed.), *Trouble in Our Backyard: Central America and the United States in the Eighties*, Nueva York, Pantheon, pp. 101-123.
- Benevides, Maria Victória de Mesquita (1981), *A UDN e o Udenismo: Ambigüidades do Liberalismo Brasileiro (1945-1965)*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Bollen, Kenneth A. (1980), "Issues in the Comparative Measurement of Political Democracy", *American Sociological Review*, vol. 45, núm. 2, junio, pp. 370-390.
- Bollen, Kenneth A. y Robert W. Jackman (1985), "Economic and Non Economic Determinants of Political Democracy in the 1960s", *Research in Political Sociology*, vol. 1, núm. 1, pp. 27-48.
- Carothers, Thomas (1991), "The Reagan Years: The 1980s", en Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America, Themes and Issues*, Baltimore, Johns Hopkins University, pp. 90-122.
- Castañeda, Jorge G. (1993), *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1984, 1987, 1991, 1993, 1996, 1997), *Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean*, Santiago, Chile.

- Collier, David (1975), "Timing of Economic Growth and Regime Characteristics in Latin America", *Comparative Politics*, vol. 7, abril, pp. 331-360.
- (ed.) (1979), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton University Press.
- Collier, Ruth (en prensa), *Paths Toward Democracy: Working Class and Elites in Western Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Coppedge, Michael (1997), "Modernization and Thresholds of Democracy: Evidence for a Common Path and Process", en Manus I. Midlarsky (ed.), *Inequality, Democracy, and Economic Development*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 177-201.
- Coppedge, Michael y Wolfgang H. Reinicke (1990), "Measuring Polyarchy", *Studies in Comparative International Development*, vol. 25, núm. 1, primavera, pp. 51-72.
- Coulter, Philip (1975), *Social Mobilization and Liberal Democracy*, Lexington, MA, DC Heath.
- Dahl, Robert A. (1971), *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press.
- Diamond, Larry (1992), "Economic Development and Democracy Reconsidered", en Gary Marks y Larry Diamond (eds.), *Reexamining Democracy: Essays in Honor of Seymour Martin Lipset*, Newbury Park, Sage, pp. 93-139.
- (1996), "Democracy in Latin America: Degrees, Illusions, and Directions for Consolidation", en Tom Farer (ed.), *Beyond Sovereignty: Collectively Defending Democracy in the Americas*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 52-104.
- Diamond, Larry y Juan J. Linz (1989), "Introduction: Politics, Society, and Democracy in Latin America", en Larry Diamond, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset (eds.), *Democracy in Developing Countries, Latin America*, Boulder, Lynne Rienner, vol. 4, pp. 1-58.
- Diamond, Larry, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset (eds.) (1989), *Democracy in Developing Countries, Latin America*, Boulder, Lynne Rienner, vol. 4.
- Domínguez, Jorge I. (1993), "The Caribbean Question: Why Has Liberal Democracy (Surprisingly) Flourished?", en Jorge I. Domínguez, Robert A. Pastor y R. Delisle Worrell (eds.), *Democracy in the Caribbean: Political, Economic, and Social Perspectives*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 1-25.
- Farer, Tom (ed.) (1996), *Beyond Sovereignty: Collectively Defending*

- Democracy in the Americas*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Freedom House, *Freedom in the World*, varios ejemplares.
- Gasiorowski, Mark J. (1993), "The Political Regime Change Dataset", inédito.
- Gibson, Edward (1996), *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Gillespie, Richard (1982), *Soldiers of Peron: Argentina's Montoneros*, Oxford, Clarendon Press.
- Hadenius, Axel (1992), *Democracy and Development*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hagopian, Frances (1996), "Traditional Power Structures and Democratic Governance in Latin America", en Jorge I. Domínguez y Abraham F. Lowenthal (eds.), *Constructing Democratic Governance: Latin America and the Caribbean in the 1990s - Themes and Issues*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 64-86.
- Hartlyn, Jonathan y Arturo Valenzuela (1994), "Democracy in Latin America since 1930", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America, Latin America since 1930: Economy, Society, and Politics* (vol. VI), 2a. parte, *Politics and Society*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 99-162.
- Horowitz, Donald L. (1985), *Ethnic Groups in Conflict*, Berkeley, University of California Press.
- Huntington, Samuel P. (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Lamounier, Bolivar (1979), "Representação Política: A Importância de Certos Formalismos", en Bolivar Lamounier, Francisco Weffort y Maria Victória Benevides (eds.), *Direito, Cidadania e Participação*, São Paulo, Tao, pp. 230-257.
- Levine, Daniel H. (1973), *Conflict and Political Change in Venezuela*, Princeton, Princeton University Press.
- (1981), *Religion and Politics in Latin America: The Catholic Church in Venezuela and Colombia*, Princeton, Princeton University Press.
- (1992), *Popular Voices in Latin American Catholicism*, Princeton, Princeton University Press.
- Lijphart, Arend (1977), *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*, New Haven, Yale University Press.

- Linz, Juan J. (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, and Reequilibration*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Linz, Juan J. y Alfred Stepan (eds.) (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- (1989), "Political Crafting of Democratic Consolidation or Destruction: European and South American Comparisons", en Robert A. Pastor (ed.), *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum*, Nueva York, Holmes and Meier, pp. 41-61.
- (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Linz, Juan J. y Arturo Valenzuela (eds.) (1994), *The Failure of Presidential Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour Martin (1960) *Political Man: The Social Bases of Politics*, Garden City, NY, Anchor.
- Lipset, Seymour Martin *et al.* (1993), "A Comparative Analysis of the Social Requisites of Democracy", *International Social Science Journal*, vol. 136, mayo, pp. 155-175.
- Lowenthal, Abraham F. (1991), "The United States and Latin American Democracy: Learning from History", en Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America, Themes and Issues*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 243-265.
- Mainwaring, Scott (1986), *The Catholic Church and Politics in Brazil 1916-1985*, Stanford, Stanford University Press.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (eds.) (1995), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- Mayorga, René Antonio (1997), "Bolivia's Silent Revolution", *Journal of Democracy*, vol. 8, núm. 1, enero, pp. 142-156.
- McCoy, Jennifer, Larry Garber y Robert Pastor (1991), "Pollwatching and Peacemaking", *Journal of Democracy*, vol. 2, núm. 4, otoño, pp. 102-114.
- Moore Jr., Barrington (1966), *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon.
- O'Donnell, Guillermo A. (1973), *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism*, Berkeley, Institute of International Studies, University of California.
- (1993), "On the State, Democratization and Some Concep-

- tual Problems: A Latin American View with Glances at Some Postcommunist Countries", *World Development*, vol. 21, núm. 8, pp. 1355-1369.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter (1986), "Tentative Conclusions about Uncertain Democracies", en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, parte IV.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.) (1986), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Ollier, María Matilde (1998), "The Political Learning Process among the Argentine Revolutionary Left, 1966-1995", tesis para obtener el título de doctor, University of Notre Dame.
- Packenham, Robert A. (1973), *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton, Princeton University Press.
- (1986), "The Changing Political Discourse in Brazil", en Wayne Selcher (ed.), *Political Liberalization in Brazil: Dynamics, Dilemmas, and Future Prospects*, Boulder, Westview, pp. 135-173.
- (1992), *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*, Cambridge, Harvard University Press.
- Pastor, Robert A. (1989), "How to Reinforce Democracy in the Americas: Seven Proposals", en Robert A. Pastor (ed.), *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum*, Nueva York, Holmes and Meier, pp. 139-155.
- Payne, Leigh A. (1994), *Brazilian Industrialists and Democratic Change*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Pridham, Geoffrey (ed.) (1991), *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe*, Nueva York, St. Martin's.
- Przeworski, Adam (1986), "Problems in the Study of Transition to Democracy", en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, Part III, pp. 47-63.
- Przeworski, Adam y Fernando Limongi (1993), "Political Regimes and Economic Growth", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 7, núm. 3, verano, pp. 51-69.
- (1997), "Modernization: Theories and Facts", *World Politics*, vol. 49, enero, pp. 155-183.

- Przeworski, Adam *et al.* (1996), "What Makes Democracies Endure?", *Journal of Democracy*, vol. 7, núm. 1, enero, pp. 39-55.
- Putnam, Robert D. (1993), *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press.
- Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne Huber Stephens y John D. Stephens (1992), *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Santos, Wanderley Guilherme dos (1985), "A Pós-'Revolução' Brasileira", en Hélio Jaguaribe *et al.*, *Brasil, Sociedade Democrática*, Rio de Janeiro, José Olympio, pp. 223-335.
- (1986), *Sessenta e Quatro: Anatomia da Crise*, São Paulo, Vértice.
- Starr, Harvey (1991), "Democratic Dominoes: Diffusion Approaches to the Spread of Democracy in the International System." *Journal of Conflict Resolution*, vol. 35, núm. 2, junio, pp. 356-381.
- Statistical Abstract of Latin America* (1983), Latin American Center Publications, University of California, Los Ángeles.
- Stepan, Alfred (1971), *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press.
- (1986), "Paths toward Redemocratization: Theoretical and Comparative Considerations", en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, parte III, pp. 64-84.
- (1988), *Rethinking Military Politics: Brazil and the Southern Cone*, Princeton, Princeton University Press.
- Tocqueville, Alexis de (1969), *Democracy in America*, Garden City, Nueva York, Anchor Books.
- Valenzuela, Arturo (1978), "The Breakdown of Democratic Regimes", en Linz and Stepan (eds.) (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Vanhanen, Tatu (1990), *The Process of Democratization: A Comparative Study of 147 States, 1980-1988*, Nueva York, Crane Russak.
- Walker, Ignacio (1990), *Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada*, Santiago, CIEPLAN/Hachette.
- Weffort, Francisco C. (1985), *Por Que Democracia?*, São Paulo, Brasiliense.
- Weiner, Myron (1987), "Empirical Democratic Theory", en Myron Weiner y Ergun Özbudun (eds.), *Competitive Elections in Developing Countries*, Durham, NC, Duke University Press/American Enterprise Institute, pp. 3-34.

- Whitehead, Laurence (1986), "International Aspects of Democratization", en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, Parte III, pp. 3-46.
- (1991), "Democracy by Convergence and Southern Europe: A Comparative Politics Perspective", en Geoffrey Pridham (ed.), *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 45-61.
- (ed.) (1996), *The International Dimensions of Democratization: Europe and the Americas*, Oxford, Oxford University Press.
- Wiarda, Howard J. (1986), "Can Democracy Be Exported? The Quest for Democracy in US-Latin American Policy", en Kevin Middlebrook y Carlos Rico (ed.), *The United States and Latin America in the 1980s: Contending Perspectives on a Decade of Crisis*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp. 325-351.
- Wood, Elizabeth J. (en prensa), "The Transformation of Elite Representation in El Salvador", en Kevin Middlebrook (ed.), *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.